

MARIO VARGAS LLOSA

CONVERSACIÓN EN LA CATEDRAL

VOLUMEN II

SEIX BARRAL



NUEVA NARRATIVA HISPANICA

La casa estaba junto a una botica, había dos pa-
trulleros y gente aglomerada en la calle, ahí viene «La
Crónica» gritó un chiquillo. Tuvieron que mostrar los
carnets del diario a un policía y Periquito fotografió
la fachada, la escalera, el primer rellano. Una puerta
abierta, piensa, humo de cigarrillos.

—A usted no lo conozco —dijo un gordo de papa-
da, vestido de azul, examinando el carnet—. ¿Qué fue
de Becerrita?

—No estaba en el diario cuando nos llamaron —y
Santiago sintió el olor raro, carne humana transpirada,
piensa, frutas podridas—. No me conoce porque tra-
bajo en otra sección, Inspector.

El flash de Periquito relampagueó, el de la papada
pestañó y se hizo a un lado. Entre las personas que
murmuraban, Santiago vio un fragmento de pared em-
papelada de azul claro, losetas sucias, un velador, un
cubrecama negro. Permiso, dos hombres se apartaron,
sus ojos subieron y bajaron y subieron muy rápido, la
silueta tan blanca piensa, sin detenerse en los coágulo-
los, en los labios rojinegros de las heridas fruncidas, en
la maraña de cabellos que ocultaba su cara, en la
mata de vello negro agazapada entre las piernas. No
se movió, no dijo nada. Los arcoiris de Periquito esta-
llaban a derecha e izquierda, ¿se le podía fotografiar
la cara, Inspector?, una mano apartó la maraña y apa-
reció un rostro cerúleo e intacto, con sombras bajo
las pestañas corvas. Gracias, Inspector, dijo Periquito,
ahora en cuclillas junto a la cama, y el chorrito de luz
blanca brotó otra vez. Diez años soñándote con ella,
Zavalita, si Anita supiera creería que te enamoraste
de la Musa y tendría celos.

—Se nota que el amigo periodista es nuevo —dijo
el de la papada—. No se nos vaya a desmayar, joven,
ya tenemos bastante trabajo con esta señora.

Las caras veladas por el humo se relajaron en sonri-
sas, Santiago hizo un esfuerzo y también sonrió. Al
tocar el lapicero descubrió que su mano estaba sudan-
do; cogió la libreta, sus ojos volvieron a mirar: man-
chones, senos que se derramaban, pezones escamosos

y sombríos como lunares. El olor entraba a raudales por su nariz y lo mareaba.

—Hasta el ombligo se lo abrieron —Periquito cambiaba las bombillas con una sola mano, se mordía la lengua—. Qué tal sádico.

—También le abrieron otra cosa —dijo el de la papada, con sobriedad—. Acércate, Periquito; usted también, joven, vean qué cosa bárbara.

—Un hueco en el hueco —murmuró una voz relamida y Santiago oyó risitas tenues y comentarios ininteligibles. Apartó los ojos de la cama, dio un paso hacia el hombre de azul.

—¿Podría darme algunos datos, Inspector?

—Por lo pronto, las presentaciones —dijo el de la papada, cordialmente, y le alcanzó una mano blanda—. Adalmiro Peralta, jefe de la división de Homicidios, y éste es mi adjunto, el oficial primero Ludovico Pantoja. Tampoco se olvide de él.

Tratabas de reanimar la sonrisa, de conservarla en la cara mientras apuntabas en la libreta, Zavalita, mientras veías los rasgos histéricos de la pluma rasgando el papel, resbalando sin rumbo.

—Favor por favor, Becerrita lo pondrá al tanto —mientras oías la voz risueña y familiar del inspector Peralta—. Nosotros les damos la primicia y ustedes nos dan un poco de peliculina, que nunca está de más.

Risas otra vez, los flashes de Periquito, el olor, el humo alrededor: ahí, Zavalita. Santiago asentía, la libreta semidoblada, pegada a su pecho, garabateando ahora rayas, puntos, viendo surgir letras como jeroglíficos.

—Nos dio el aviso una vieja que vive sola en el departamento del lado —dijo el Inspector—. Oyó gritos, vino y encontró la puerta abierta. Hubo que llevarla a la Asistencia Pública, mal de los nervios. Imagínese el susto que se llevaría al encontrarse con esto.

—Ocho chavetazos —dijo el oficial primero Ludovico Pantoja—. Contados por el médico legista, joven.

—Es probable que estuviera dopada —dijo el inspector Peralta—. Por el olor y por los ojos, parece. Es-

rra lo llame, Inspector —dijo Santiago—. Ya no lo molesto más. Muchas gracias por la información.

—Dígale que se pase por la oficina a eso de las once —dijo el inspector Peralta—. Encantado, joven.

Salieron y en el rellano Periquito se detuvo a fotografiar la puerta de la vecina que había descubierto el cadáver. Los curiosos seguían en la vereda, espionando la escalera por sobre el hombro del policía que custodiaba la puerta, y Darío estaba fumando, en la camioneta: por qué no lo habían hecho pasar, él hubiera querido ver eso. Subieron, partieron, un momento después se cruzaron con la camioneta de «Última Hora».

—Les jodieron la primicia —dijo Darío—. Ahí va Norwin.

—Claro, hombre —Periquito chasqueó los dedos y dio un codazo a Santiago—. Fue la querida de Cayo Bermúdez. La vi una vez entrando con él a un chifa de la calle Capón. Claro, hombre.

—Ni vi los periódicos ni sé de qué habla —dice Ambrosio—. Yo estaría ya en Pucallpa cuando eso, niño.

—¿Querida de Cayo Bermúdez? —dijo Darío—. Entonces sí que es noticia.

—Te sentías un Sherlock Holmes escarbando esa historia apestosa —dijo Carlitos—. Lo pagaste caro, Zavalita.

—¿Eras su chofer y no sabías que tenía una querida? —dice Santiago.

—Ni sabía ni nunca la vi —dice Ambrosio—. Primera noticia, niño.

Una ansiosa excitación había reemplazado el vértigo del primer momento, una cruda vehemencia mientras la camioneta atravesaba el centro y tratabas de descifrar los borrones de la libreta y de resucitar la conversación con el Inspector Peralta, Zavalita. Bajó de un salto y subió a trancos las escaleras de «La Crónica». Las luces de la redacción estaban encendidas, los escritorios ocupados, pero no se detuvo a conversar con nadie. ¿Te sacaste la lotería?, le preguntó Carlitos, y él un notición formidable, Carlitos. Se ins-

taló ante la máquina y estuvo una hora sin apartar los ojos del papel, escribiendo, corrigiendo y fumando sin tregua. Luego, charlando con Carlitos, esperó, impaciente y orgulloso de ti mismo Zavalita, que llegara Becerrita. Y por fin lo vio entrar, el chato, piensa, adiposo, malhumorado, envejecido Becerrita, con su sombrero de otras épocas, su cara de boxeador jubilado, su ridículo bigotito y sus dedos manchados de nicotina. Qué decepción, Zavalita. No contestó su saludo, casi ni leyó las tres cuartillas, escuchó sin hacer un gesto de interés la relación que le iba haciendo Santiago. Qué sería un crimen más o menos para Becerrita que se levantaba, vivía y se acostaba entre asesinatos, Zavalita, robos, desfalcos, incendios, atracos, que hacía un cuarto de siglo vivía de historias de pichicateros, ladrones, putas, cabrones. Pero el desaliento fue breve, Zavalita. Piensa: no se entusiasmaba con nada, pero sabía su oficio. Piensa: tal vez le gustaba. Se sacó el sombrero finisecular, el saco, se arremangó la camisa, que sujetaba en los codos con unas ligas de cajero piensa, y se aflojó la corbata tan raída y sucia como su terno y sus zapatos, y abúllico y avinagrado avanzó por la redacción, indiferente a las venias, fortachón y lento y derecho hacia el escritorio de Arispe. Santiago se aproximó al rincón de Carlitos para oír. Becerrita había dado un golpecito con los nudillos en la máquina de escribir y Arispe alzaba la cabeza: ¿qué se le ofrecía, mi señor?

—La página del centro para mí solito —su voz áspera y achacosa, piensa, floja, burlona—. Y Periquito a mi disposición, por lo menos tres o cuatro días.

—¿También una casa con piano junto al mar, mi señor? —dijo Arispe.

—También algún refuerzo, por ejemplo Zavalita, porque en mi sección hay dos de vacaciones —dijo Becerrita, secamente—. Si quieres que explotemos esto a fondo hay que dedicarle un redactor día y noche.

Arispe mordisqueaba pensativo su lápiz rojo, hojeaba las cuartillas; luego sus ojos pasearon por la redacción, buscando. Te fregaste, dijo Carlitos, niega-

te con cualquier pretexto. Pero no diste ninguno, Zavalita, fuiste feliz al escritorio de Arispe, feliz a la boca del lobo. Excitación, emociones, sangre: jodido hacía rato, Zavalita.

—¿Quiere pasar a policiales por unos días? —dijo Arispe—. Becerrita lo reclama.

—¿Ahora se puede elegir? —murmuró ácidamente Becerrita—. Cuando yo entré a «La Crónica» nadie me preguntó mi opinión. Vaya a recorrer Comisarías, vamos a abrir una sección policial y usted se encargará. Hace veinticinco años que me tienen en lo mismo y todavía no me han preguntado si me gusta.

—Un día le fermentará el malhumor aquí, mi señor —Arispe se tocó el corazón con su lápiz rojo— y esto estallará como un cascarón. Además, si te sacaran de la página policial te morirías de pena, Becerrita. Tú eres el as de la página roja en el Perú.

—No sé de qué me sirve si cada semana me protestan una letra —gruñó Becerrita, sin modestia—. Preferiría que no me alabaran tanto y me subieran el sueldo.

—Veinticinco años comiéndose gratis a las putas más caras, emborrachándose gratis en los mejores bulines y todavía se queja, mi señor —dijo Arispe—. Qué nos toca a los que tenemos que bailar con nuestro pañuelo cada vez que nos tomamos un trago o nos tiramos una hembra.

Había cesado el tableteo de las máquinas, cabezas risueñas seguían desde los escritorios el diálogo de Arispe y Becerrita, que había comenzado a sonreír híbridamente, a soltar pequeños espasmos de esa risa ronca y antipática que se convertía en trueno de hipos, eructos e invectivas cuando estaba borracho, piensa.

—Ya estoy viejo —dijo, por fin—. Ya no chupo, ya no me gustan las mujeres.

—Cambiaste de gustos a la vejez —dijo Arispe, y miró a Santiago—. Cuídese, ya veo por qué lo pidió Becerrita para su página.

—Qué buen humor se gastan los jefes de redacción —gruñó Becerrita—. ¿Qué hay de lo otro? ¿Me das la página del centro y a Periquito?

pestañas que aleteaban evasivamente, Zavalita, la gruesa boca granate que se fruncía como una mimosa—. Hace seis meses que dejó de cantar aquí. Más, ocho meses. Estaba casi sin voz, la contraté por compasión, cantaba tres o cuatro canciones y se iba. Antes estuvo en «La Laguna».

Calló al estallar el primer arcorís y se quedó mirando, boquiabierto: Periquito, tranquilamente, fotografiaba el bar, la pista de baile, el micrófono.

—Para qué esas fotos —dijo, de mal modo, señalando—. Becerrita me juró que no me nombrarían.

—Para mostrar uno de los sitios donde cantó, a usted no la vamos a nombrar —dijo Santiago—. Quisiera saber algo de la vida privada de la Musa. Alguna anécdota, cualquier cosa.

—No sé casi nada, ya le he dicho —murmuró la Paqueta, siguiendo a Periquito con los ojos—. Fuera de lo que sabe todo el mundo. Que hace muchos años fue bastante conocida, que cantó en el «Embassy», que después fue amiga de ya saben quien. Pero supongo que eso no lo van a decir.

—¿Por qué no, señora? —se rio Periquito—. Ya no está Odría de Presidente, sino Manuel Prado, y «La Crónica» es de los Prado. Podemos decir lo que nos dé la gana.

—Y yo creí que se iba a poder y lo dije en la primera crónica, Carlitos —se rio Santiago—. Ex amante de Cayo Bermúdez asesinada a chavetazos.

—Creo que está usted un poco cojudo, Zavalita —gruñó Becerrita, contemplando las carillas con malicia—. En fin, vamos a ver qué piensa el mandamás.

—Estrella de la Farándula asesinada a chavetazos causará más impacto —dijo Arispe—. Y, además, son las órdenes de arriba, mi señor.

—¿Fue o no fue la querida de ese pendejo? —dijo Becerrita—. Y si lo fue y el pendejo ya ni está en el Gobierno y ni siquiera en el país ¿por qué no se puede decir?

—Porque al Directorio le da en los huevos que no se diga, mi señor —dijo Arispe.

ta se había portado como una canalla. La había echado a la calle sabiendo que se moría de hambre, la pobre. Tenía sus aventuras pero ya no conseguía un amante, alguien que le pasara una mensualidad y le pagara la casa. Y de repente se había puesto a llorar, Carlitos, no por las preguntas de Becerrita sino por la Musa. O sea que todavía existía la lealtad, al menos entre algunas putas, Zavalita.

—La pobre estaría completamente arruinada ya —se entristeció Becerrita, la mano en el bigotito, los ojitos titilantes fijos en Queta—. Por el trago, por la pichicata, quiero decir.

—¿Va a poner eso también? —sollozó Queta—. ¿Encima de los horrores que publican sobre ella cada día, eso también?

—Que andaba fregada, que era medio polilla, que tomaba y jalaba lo han dicho todos los periódicos —suspiró Becerrita—. Nosotros somos los únicos que hemos destacado la parte buena. Que fue una cantante famosa, que la eligieron Reina de la Farándula, que era una de las mujeres más guapas de Lima.

—En vez de escarbar tanto su vida, debían preocuparse más del que la mató, del que la mandó matar —sollozó Queta y se tapó la cara con las manos—. De ellos no hablan, de ellos no se atreven.

¿En ese momento, Zavalita? Piensa: sí, ahí. La cara petrificada de Ivonne, piensa, el recelo y el desconcierto de sus ojos, los dedos de Becerrita inmovilizados en el bigotito, el codo de Periquito en tu cadera, Zavalita, alertándote. Los cuatro se habían quedado quietos, mirando a Queta, que sollozaba muy fuerte. Piensa: los ojitos de Becerrita perforando los pelos rojizos, llamando.

—Yo no tengo miedo, yo escribo todo, el papel aguanta todo —susurró al fin Becerrita, con dulzura—. Si tú te atreves, yo me atrevo. ¿Quién fue? ¿Quién crees que fue?

—Si eres tan estúpida de meterte en un lío, allá tú —la cara de espanto de Ivonne, Carlitos, su terror, el

ta, ella se estaba muriendo de hambre, sólo quería irse de aquí —sollozó Queta—. No era por maldad, era para irse y empezar de nuevo, donde nadie la conociera. Ya estaba medio muerta cuando la mataron. De lo mal que se portó el perro de Bermúdez, de lo mal que se portaron todos cuando la vieron caída.

—Le sacaba plata, y el tipo la mandó matar para que no lo chantajeara más —recitó, suavemente, Becerrita—. ¿Quién es el tipo que contrató al matón?

—No lo contrató, le hablaría —dijo Queta, mirando a Becerrita a los ojos—. Le hablaría y lo convencería. Lo tenía dominado, era como su esclavo. Hacía lo que quería con él.

—Yo me atrevo, yo lo publico —repitió Becerrita, a media voz—. Qué carajo, yo te creo, Queta.

—Bola de Oro la mandó matar —dijo Queta—. El matón es su cachero. Se llama Ambrosio.

—¿Bola de Oro? —se paró de un salto, Carlitos, pestañeaba, miró a Periquito, me miró, se arrepintió y miró a Queta, al suelo, y repetía como un idiota—: ¿Bola de Oro, Bola de Oro?

—Fermín Zavala, ya ves que está loca —estalló Ivonne, parándose también, gritando—. ¿Ves que es una estupidez, Becerrita? Incluso si fuera cierto, sería una estupidez. No le consta nada, todo es invención.

—Hortensia le sacaba plata, lo amenazaba con su mujer, con contar por calles y plazas la historia de su chofer —rugió Queta—. No es mentira, en vez de pagarle el pasaje a México la mandó matar con su cachero. ¿Lo va a decir, lo va a publicar?

—Nos vamos a salpicar de mierda todos —y se derrumbó sobre el asiento, Carlitos, sin mirarme, resoplando, de repente se puso el sombrero para ocupar las manos en algo—. Qué pruebas tienes, de dónde sacaste semejante cosa. No tiene pies ni cabeza. No me gusta que me tomen el pelo, Queta.

—Yo le he dicho que es un disparate, se lo he dicho cien veces —dijo Ivonne—. No tiene pruebas, estaba en Huacachina, no sabe nada. Y aunque tuviera, quién le iba a hacer caso, quién le iba a creer. Fermín Zava-

la, con todos sus millones. Explícaselo tú, Becerrita. Dile lo que le puede pasar si sigue repitiendo esa historia.

—Te estás salpicando de mierda, Queta, y nos estás salpicando a todos —gruñía, Carlitos, hacía muecas, se arreglaba el sombrero—. ¿Quieres que publique eso para que nos encierren en el manicomio a todos, Queta?

—Increíble tratándose de él —dijo Carlitos—. Para algo sirvió toda esa mugre. Al menos para descubrir que Becerrita también es humano, que podía portarse bien.

—¿Usted tenía algo que hacer, no? —gruñó Becerrita, mirando su reloj, la voz angustiosamente natural—. Váyase nomás, Zavalita.

—Cobarde, desgraciado —dijo Queta, sordamente—. Ya sabía que era por gusto, ya sabía que no te atreverías.

—Menos mal que pudiste pararte y salir de ahí sin echarte a llorar —dijo Carlitos—. Lo único que me preocupaba es que se hubieran dado cuenta las putas y que no pudieras ir más a ese bulín. Después de todo, es el mejor, Zavalita.

—Di menos mal que te encontré —dijo Santiago—. No sé qué hubiera hecho esa noche sin ti, Carlitos.

Sí, había sido una suerte encontrarlo, una suerte ir a parar a la plaza San Martín y no a la pensión de Barranco, una suerte no ir a llorar la boca contra la almohada en la soledad del cuartito, sintiendo que se había acabado el mundo y pensando en matarte o en matar al pobre viejo, Zavalita. Se había levantado, dicho hasta luego, salido del saloncito, chocado en el pasillo con Robertito, caminado hasta la plaza Dos de Mayo sin encontrar taxi. Respirabas el aire frío con la boca abierta, Zavalita, sentías latir tu corazón y a ratos corrías. Habías tomado un colectivo, bajado en la Colmena, andado aturdido bajo el Portal y de pronto ahí estaba la silueta desbaratada de Carlitos levantándose de una mesa del bar Zela, su mano llamándote. ¿Ya habían regresado de donde Ivonne, Zavalita, había aparecido la tal Queta? ¿Y Periquito y Becerri-

ta? Pero cuando llegó junto a Santiago, cambió de voz: qué pasaba, Zavalita.

—Me siento mal —lo habías cogido del brazo, Zavalita—. Muy mal, viejo.

Ahí estaba Carlitos mirándote desconcertado, vacilando, ahí el golpecito que te dio en el hombro: mejor se iban a tomar un trago, Zavalita. Se dejó arrastrar, bajó como un sonámbulo la escalerita del «Negro Negro», cruzó ciego y tropezando las tinieblas semivacías del local, la mesa de siempre estaba libre, dos cervezas alemanas dijo Carlitos al mozo y se recostó contra las carátulas del New Yorker.

—Siempre naufragamos aquí, Zavalita —su cabeza crespas, piensa, la amistad de sus ojos, su cara sin afeitar, su piel amarilla—. Este antro nos tiene embrujados.

—Si me iba a la pensión, me iba a volver loco, Carlitos —dijo Santiago.

—Creí que era llanto de borracho, pero ahora veo que no —dijo Carlitos—. Todos acaban teniendo un lío con Becerrita. ¿Se emborrachó y te echó de carajos en el bulín? No le hagas caso, hombre.

Ahí las carátulas brillantes, sardónicas y multicolores, el rumor de las conversaciones de la gente invisible. El mozo trajo las cervezas, bebieron al mismo tiempo. Carlitos lo miró por encima de su vaso, le ofreció un cigarrillo y se lo encendió.

—Aquí tuvimos nuestra primera conversación de masoquistas, Zavalita —dijo—. Aquí nos confesamos que éramos un poeta y un comunista fracasados. Ahora somos sólo dos periodistas. Aquí nos hicimos amigos, Zavalita.

—Tengo que contárselo a alguien porque me está quemando, Carlitos —dijo Santiago.

—Si te vas a sentir mejor, okey —dijo Carlitos—. Pero piénsalo. A veces me pongo a hacer confidencias en mis crisis y después me pesa y odio a la gente que conoce mis puntos flacos. No vaya a ser que mañana me odies, Zavalita.

Pero Santiago se había puesto a llorar otra vez. Do-

blado sobre la mesa, ahogaba los sollozos apretando el pañuelo contra la boca, y sentía la mano de Carlitos en el hombro: calma, hombre.

—Bueno, tiene que ser eso —suave, piensa, tímida, compasivamente—. ¿Becerrita se emborrachó y te aventó lo de tu padre delante de todo el bulín?

No en el momento que lo supiste, Zavalita, sino ahí. Piensa: sino en el momento que supe que todo Lima sabía que era marica menos yo. Toda la redacción, Zavalita, menos tú. El pianista había comenzado a tocar, una risita de mujer a ratos en la oscuridad, el gusto ácido de la cerveza, el mozo venía con su linterna a llevarse las botellas y a traer otras. Hablabas estrujando el pañuelo, Zavalita, secándote la boca y los ojos. Piensa: no se iba a acabar el mundo, no te ibas a volver loco, no te ibas a matar.

—Conoces la lengua de la gente, la lengua de las putas —adelantando y retrocediendo en el asiento, piensa, asombrado, asustado él también—. Soltó esa historia para bajarle los humos a Becerrita, para taparle la boca por el mal rato que le hizo pasar.

—Hablaban de él como si fueran de tú y voz —dijo Santiago—. Y yo ahí, Carlitos.

—Lo jodido no es esa historia del asesinato, eso tiene que ser mentira, Zavalita —tartamudeando él también, piensa, contradiciéndose él también—. Sino que te enteraras ahí de lo otro, y por boca de quién. Yo creí que tú lo sabías ya, Zavalita.

—Bola de Oro, su cachero, su chofer —dijo Santiago—. Como si lo conocieran de toda la vida. Él en medio de toda esa mugre, Carlitos. Y yo ahí.

No podía ser y fumabas, Zavalita, tenía que ser mentira y tomabas un trago y te atorabas, y se le iba la voz y repetía siempre no podía ser. Y Carlitos, su cara disuelta en humo, delante de las indiferentes carátulas: te parecía terrible pero no era, Zavalita, había cosas más terribles. Te acostumbrarías, te importaría un carajo y pedía más cerveza.

—Te voy a emborrachar —dijo, haciendo una mueca—, tendrás el cuerpo tan jodido que no podrás pen-

sar en otra cosa. Unos tragos más y verás que no merecía la pena amargarse tanto, Zavalita.

Pero se había emborrachado él, piensa, como ahora tú. Carlitos se levantó, desapareció en las sombras, la risita de la mujer que moría y renacía y el piano monótono: quería emborracharte a ti y el que se ha emborrachado soy yo, Ambrosio. Ahí estaba Carlitos de nuevo: había orinado un litro de cerveza, Zavalita, qué manera de desperdiciar la plata ¿no?

—¿Y para qué quería emborracharme? —se ríe Ambrosio—. Yo no me emborracho jamás, niño.

—Todos en la redacción sabían —dijo Santiago—. Cuando yo no estoy ¿hablan del hijo de Bola de Oro, del hijo del maricón?

—Hablas como si el problema fuera tuyo y no de él —dijo Carlitos—. No seas conchudo, Zavalita.

—Nunca oí nada, ni en el colegio, ni en el barrio, ni en la Universidad —dijo Santiago—. Si fuera cierto habría oído algo, sospechado algo. Nunca, Carlitos.

—Puede ser uno de esos chismes que corren en este país —dijo Carlitos—. Ésos que de tanto durar se convierten en verdades. No pienses más.

—O puede ser que no lo haya querido saber —dijo Santiago—. Que no haya querido darme cuenta.

—No te estoy consolando, no hay ninguna razón, tú no estás en la salsa —dijo Carlitos, eructando—. Habría que consolarlo a él, más bien. Si es mentira, por haberle clavado eso, y si es verdad, porque su vida debe ser bastante jodida. No pienses más.

—Pero lo otro no puede ser cierto, Carlitos —dijo Santiago—. Lo otro tiene que ser una calumnia. Eso no puede ser, Carlitos.

—La puta le debe tener odio por algo, ha inventado esa historia para vengarse de él por algo —dijo Carlitos—. Algún enredo de cama, algún chantaje para sacarle plata, quizás. No sé cómo se lo puedes advertir. Sobre todo que hace años que no lo ves ¿no?

—¿Advertírselo yo? ¿Se te ocurre que voy a verle la cara después de esto? —dijo Santiago—. Me moriría de vergüenza, Carlitos.

contra los diques, algunas lenguas de espuma lamían la plataforma ahora desierta donde en verano había tantas sombrillas y bañistas. ¿Cuántos años que no te bañabas en el Regatas, Zavalita? Desde antes de entrar a San Marcos, cinco o seis años que ya entonces parecían cien. Piensa: ahora mil.

—Claro que me acuerdo, niño —dice Ambrosio—. El día que usted se amistó con su papá.

¿Estaban construyendo una piscina? En la cancha de basquet, dos hombres en buzos azules tiraban a la canasta; la poza donde se entrenaban los bogas parecía seca, ¿seguía siendo boga el Chispas en esa época? Ya eras un extraño para la familia, Zavalita, ya no sabías cómo eran tus hermanos, qué hacían, en qué y cuánto habían cambiado. Llegó a la entrada del Club, se sentó en el poyo que sujetaba la cadena, también la garita del guardián estaba vacía. Podía ver Agua Dulce desde allí, la playa sin carpas, los quioscos cerrados, la neblina que ocultaba los acantilados de Barranco y Miraflores. En la playita rocosa que separaba Agua Dulce del «Regatas», los cholos de la gente diría la mamá piensa, había unos botes varados, uno de ellos con el cascarón enteramente agujereado. Hacía frío, el viento le revolvía los cabellos y sentía un gusto salado en los labios. Dio unos pasos por la playita, se sentó en un bote, encendió un cigarrillo: si no me hubiera ido de la casa no hubiera sabido nunca, papá. Las gaviotas volaban en círculos, se posaban un instante en las rocas y partían, los patillos se zambullían y a veces emergían con un pescadito casi invisible retorciéndose en el pico. El color verde plomizo del mar, piensa, la espuma terrosa de las olitas que se despedazaban en las rocas, a veces divisaba una colonia brillante de malaguas, madejas de muimuis, nunca debí entrar a San Marcos papá. No llorabas, Zavalita, no te temblaban las piernas, vendría y te portarías como un hombre, no correrías a echarte en sus brazos, dime que es mentira papá, dime que no es cierto papá. El auto apareció al fondo, zigzagueando para sortear los baches de Agua Dulce, levantando

trabajo de noche. Tampoco te sienta vivir solo, flaco.

—Si más bien he engordado, papá. En cambio tú has enflaquecido mucho.

—Ya creía que no me ibas a llamar nunca, me has dado una alegría tan grande, flaco —hubiera bastado que abriera un poquito más los ojos, Carlitos—. Fuera por lo que fuera. ¿Qué te pasa?

—A mí nada, papá —que hubiera cerrado las manos de golpe, Carlitos, o cambiado de cara un segundo—. Hay un asunto que, no sé, de repente podía traerte alguna complicación, no sé. Quería avisarte.

El mozo trajo los cafés; don Fermín ofreció cigarrillos a Santiago; por los cristales se veían a los dos hombres en buzos haciéndose pases, disparando a la canasta, y don Fermín esperaba, la expresión apenas intrigada.

—No sé si has visto los periódicos, papá, ese crimen —pero no, pero nada, Carlitos, me miraba a mí, me examinaba la ropa, el cuerpo, ¿iba a disimular así, Carlitos?— Esa cantante que mataron en Jesús María, ésa que fue amante de Cayo Bermúdez cuando Odría.

—Ah, sí —don Fermín hizo un gesto vago, tenía la misma expresión afectuosa, sólo curiosa, de antes—. La Musa, ésa.

—En «La Crónica» están averiguando todo lo que pueden de la vida de ella —todo era cuento entonces, Zavalita, ya ves, yo tenía razón, dijo Carlitos, no había para qué amargarse tanto—. Están explotando a fondo esa noticia.

—Estás temblando, ni siquiera te has puesto una chompa, con este frío —casi aburrido con mi historia, Carlitos, atento sólo a mi cara, reprochándome con los ojos que viviera solo, que no lo hubiera llamado antes—. Bueno, no tiene nada de raro, «La Crónica» es un periódico un poco sensacionalista. ¿Pero qué pasa con ese asunto?

—Anoche llegó un anónimo al periódico, papá. —¿Iba a hacer todo ese teatro, queriéndote tanto, Zavalita?—. Diciendo que el que mató a esa mujer fue un

—No necesito plata, papá. Con lo que gano me alcanza de sobra.

—Ganas mil quinientos soles y te estás muriendo de hambre —bajando los ojos, Zavalita, avergonzándose de que supieras que él sabía—. No te estoy riñendo, flaco. Pero no entiendo, que no quieras que te ayude no lo entiendo.

—Si necesitara plata te hubiera pedido, papá. Pero me alcanza, yo no soy gastador. La pensión es muy barata. No paso apuros, te juro que no.

—Ya no tienes que avergonzarte de que tu padre sea un capitalista —sonrió don Fermín, sin ánimos—. El canallita de Bermúdez nos puso al borde de la quiebra. Nos canceló los libramientos, varios contratos, nos mandó auditores para que nos expulgaran los libros con lupa y nos arruinaran con impuestos. Y ahora, con Prado, el gobierno se ha vuelto una mafia terrible. Los contratos que recuperamos cuando salió Bermúdez nos los volvieron a quitar para dárselos a pradistas. A este paso voy a volverme un comunista, como tú.

—Y todavía quieres darme plata —trató de bromear Santiago—. De repente el que te va a ayudar soy yo, papá.

—Todos se quejaban de Odría porque se robaba —dijo don Fermín—. Ahora se roba tanto o más que antes, y todos contentos.

—Es que ahora se roba guardando ciertas formas, papá. La gente lo nota menos.

—¿Y entonces cómo puedes trabajar en un diario de los Prado? —se humillaba, Carlitos, si le hubiera dicho pídemle de rodillas que vuelva y vuelvo, se hubiera arrodillado—. ¿No son ellos más capitalistas que tu padre? ¿Puedes ser un empleadito de ellos y no trabajar conmigo en unos pequeños negocios que se están viniendo abajo?

—Estábamos hablando de lo más bien y de repente te has enojado, papá —se humillaba pero tenía razón, Zavalita, dijo Carlitos—. Mejor no hablemos más de eso.

diálogo
46
intercalados

bre Diálogo,
el comentario de
el diálogo que
se intercala

fumaría, si se cuidaría, mamá. ¿Echándose vaselina, piensa, jadeando y babeando como una parturienta debajo de él?

—Sí, yo le enseñé a manejar al niño Chispas —dice Ambrosio—. A escondidas de su papá, por supuesto.

—Nunca les oí a Becerrita y a Periquito decir una palabra a los otros —dijo Carlitos—. Puede que cuando yo no estaba, ellos saben que somos amigos. Tal vez hablarían unos días, unas semanas. Después todos se acostumbrarían, se olvidarían. ¿Con la Musa no pasó así, no pasa con todo así en este país, Zavalita?

*En la casa
no se
aleja de
un poco
y gusanos*

Años que se confunden, Zavalita, mediocridad diurna y monotonía nocturna, cervezas, bulines. Reportajes, crónicas: papel suficiente para limpiarse toda la vida, piensa. Conversaciones en el «Negro Negro», domingos con chupe de camarones, vales en la cantina de «La Crónica», un puñado de libros que recordar. Borracheras sin convicción, Zavalita, polvos sin convicción, periodismo sin convicción. Deudas a fines de mes, una purgación, lenta, inexorable inmersión en la mugre invisible. Ella había sido lo único distinto, piensa. Te hizo sufrir, Zavalita, desvelarte, llorar. Piensa: tus gusanos me sacudieron un poco, Musa, me hicieron vivir un poco. Carlitos movió el dorso de la mano, levantó apenas el pulgar y aspiró; ahí su cabeza echada atrás, media cara iluminada por el reflector, media cara sumida en algo secreto y profundo.

—La China está acostándose con un músico del «Embassy» —ahí sus vidriosos ojos errantes—. También tengo derecho a tener mi problema, Zavalita.

—Está bien, ya estoy viendo que nos amaneceremos aquí —dijo Santiago—. Que tendré que acostarte.

—Eres bueno y fracasado como yo, tienes lo que hay que tener —silabeó Carlitos—. Pero te falta algo. ¿No dices que quieres vivir? Enamórate de una puta y vas a ver.

Había inclinado un poco la cabeza y con voz densa, insegura y demorada, comenzado a recitar. Repetía un mismo verso, callaba, volvía, a ratos se reía casi sin ruido. Eran ya cerca de las tres cuando Norwin y Ro-

China, después yo te cuento y comparamos. Nos hicimos amigos.

¿Había sido la dejadez, la abulia limeña, la estupidez de los soplones, Zavalita? Piensa: que nadie exigiera, insistiera, que nadie se moviera por ti. ¿Olvidense o te olvidaron de verdad, piensa, échenle tierra al asunto o la echaron de por sí? ¿Te mataron los mismos de nuevo, Musa, o esta segunda vez te mató todo el Perú?

—Ah, ya veo por qué estás así —dijo Norwin—. Te peleaste otra vez con la China, Carlitos.

Flanched
Iban al «Negro Negro» dos o tres veces por semana, mientras el diario estuvo en el viejo local de la calle Pando. Cuando «La Crónica» se mudó al edificio nuevo de la avenida Tacna se reunían en barcitos y cafetines de la Colmena. El Jaialai, piensa, el Hawai, el América. Los primeros días de mes, Norwin, Rojas, Milton aparecían en esas cuevas humosas y se iban a los bulines. A veces encontraban a Becerrita, rodeado de dos o tres redactores, brindando y conversando de tú y voz con los cabrones y los maricas y siempre pagaba la cuenta él. Levantarse a mediodía, almorzar en la pensión, una entrevista, una información, sentarse en el escritorio y redactar, bajar a la cantina, volver a la máquina, salir, regresar a la pensión al amanecer, desnudarse viendo crecer el día sobre el mar. También los almuerzos de los domingos se confundían, las comiditas en el «Rinconcito Cajamarquino» festejando los cumpleaños de Carlitos, Norwin o Hernández, también la reunión semanal con el papá, la mamá, el Chispas y la Teté.

De cualquier otro podía esperarse una cosa así, pero de él no. Chamorro tiene que pagármelas.

—No se trata de usted, General —lo amonestó él, afectuosamente—. El Presidente quiere que esto se arregle sin líos. Déjeme proceder a mi manera, le aseguro que es lo mejor.

—Chiclayo al teléfono, mi General —dijo una cabeza con quepí, desde la puerta—. Sí, pueden usar los tres teléfonos, mi General.

—¿El comandante Paredes? —gritó una voz ahogada entre zumbidos y vibraciones acústicas—. Le habla Camino, Comandante. No puedo localizar al señor Bermúdez, para informarle. Ya tenemos aquí al senador Landa. Sí, en su hacienda. Protestando, sí. Quiere telefonar a Palacio. Hemos seguido las instrucciones al pie de la letra, Comandante.

—Muy bien, Camino —dijo él—. Soy yo, sí. ¿Está cerca el senador? Pásemelo, voy a hablarle.

—Está en el cuarto de al lado, don Cayo —los zumbidos aumentaban, la voz parecía desvanecerse y renacía—. Incomunicado, como usted indicó. Lo hago traer ahora mismo, don Cayo.

—¿Aló, aló? —reconoció la voz de Landa, trató de imaginar su cara y no pudo—. ¿Aló, aló?

—Siento mucho las molestias que le estamos dando, senador —dijo, con amabilidad—. Nos precisaba dar con usted.

—¿Qué significa todo esto? —estalló la iracunda voz de Landa—. ¿Por qué me han sacado de mi casa con soldados? ¿Y la inmunidad parlamentaria? ¿Quién ha ordenado este atropello, Bermúdez?

—Quería informarle que está detenido el general Espina —dijo él, con calma—. Y el General está empeñado en complicarlo en un asunto muy turbio. Sí, Espina, el general Espina. Asegura que usted está comprometido en un complot contra el régimen. Necesitamos que venga a Lima para aclarar esto, senador.

—¿Yo, en un complot contra el régimen? —no había ninguna vacilación en la voz de Landa, sólo la misma furia resonante—. Pero si yo soy del régimen,

dir todo en Hacienda? ¿No se les da gusto en todo a los gringos? Qué más quieren esos perros.

—No quieren que cambie de política, harán la misma cuando tomen el poder —dijo él—. Quieren que se largue. Lo llamaron para que limpiara la casa de cucarachas. Ya lo hizo y ahora quieren que les devuelva la casa, que, después de todo, es suya ¿no?

—No —dijo Paredes—. El Presidente se ha ganado al pueblo. Les ha construido hospitales, colegios, dio la ley del seguro obrero. Si reforma la Constitución y quiere hacerse reelegir ganará las elecciones limpiamente. Basta ver las manifestaciones cada vez que sale de gira.

—Las organizo yo hace años —bostezó él—. Dame plata y te organizo las mismas manifestaciones a ti. No, lo único popular aquí es el Apra. Si se les ofrecen unas cuantas cosas, los apristas aceptarían entrar en tratos con el régimen.

—¿Te has vuelto loco? —dijo Paredes.

—El Apra ha cambiado, es más anticomunista que tú, y Estados Unidos ya no los veta —dijo él—. Con la masa del Apra, el aparato del Estado y los grupos dirigidos leales, Odría sí podría hacerse reelegir.

—Estás delirando —dijo Paredes—. Odría y el Apra unidos. Por favor, Cayo.

—Los líderes apristas están viejos y se han puesto baratos —dijo él—. Aceptarían, a cambio de la legalidad y unas cuantas migajas.

—Las Fuerzas Armadas no aceptarán jamás ningún acuerdo con el Apra —dijo Paredes.

—Porque la derecha las educó así, haciéndoles creer que era el enemigo —dijo él—. Pero se las puede educar de nuevo, haciéndoles ver que el Apra ya cambió. Los apristas darán a los militares todas las garantías que quieran.

—En lugar de ir a buscar a Landa al aeropuerto, anda a consultar a un psiquiatra —dijo Paredes—. Este par de días sin dormir te han hecho daño, Cayo.

—Entonces, el 56 subirá a la Presidencia algún señorón —dijo él, bostezando—. Y tú y yo nos iremos

—Me quita usted un gran peso de encima, doctor —dijo él—. Ahora voy a tratar de remachar este asunto. Muchas gracias, doctor.

—Aunque no sea el momento, quiero ser el primero en felicitarlo —dijo el doctor Lora, sonriendo—. Me dio mucho gusto saber que entrará al gabinete en Fiestas Patrias, don Cayo.

—Son simples rumores —dijo él—. No hay nada decidido aún. El Presidente no me ha hablado todavía, y tampoco sé si aceptaré.

—Todo está decidido y todos nos sentimos muy complacidos —dijo el doctor Lora, tomándolo del brazo—. Usted tiene que sacrificarse y aceptar. El Presidente confía en usted, y con razón. Hasta pronto, don Cayo.

—Hasta luego, señor —dijo el joven de gris, con una venia.

—Hasta luego —dijo él, y tirando un violento jalón con sus mismas manos lo castró y arrojó el bulto gelatinoso a Hortensia: cómetelo—. Al Ministerio de Gobierno, sargento. ¿Las secretarías se fueron ya? Qué pasa, doctorcito, está usted lívido.

—La France Presse, la Associated Press, la United Press, todas dan la noticia, don Cayo, mire los cables —dijo el doctor Alcibiades—. Hablan de decenas de detenidos. ¿De dónde, don Cayo?

—Están fechados en Bolivia, ha sido Velarde, el abogadito ése —dijo él—. Pudiera ser Landa, también. ¿A qué hora comenzaron a recibir esos cables las agencias?

—Hace apenas una media hora —dijo el doctor Alcibiades—. Los corresponsales ya empezaron a llamarnos. Van a caer aquí de un momento a otro. No, todavía no han enviado esos cables a las radios.

—Ya es imposible guardar esto secreto, habrá que dar un comunicado oficial —dijo él—. Llame a las agencias, que no distribuyan esos cables, que esperen el comunicado. Llámeme a Lozano y a Paredes, por favor.

taba a Ambrosio, pero él era tan reservado que a veces ella se enfurecía. ¿Cómo estaba la niña Teté?, bien, ¿y la señora Zoila?, bien, ¿había vuelto a la casa el niño Santiago?, no, ¿lo extrañaban mucho?, sí, sobre todo don Fermín. ¿Y qué más, y qué más? Nada más. A veces, jugando, ella lo asustaba: voy a ir a visitar a la señora Zoila, voy a contarle a la señora Hortensia lo nuestro. Él echaba espuma: si vas te arrepentirás, si le cuentas no nos veremos nunca más. ¿Por qué tanto escondite, tanto misterio, tanta vergüenza? Era raro, era loco, tenía manías. ¿Sentirías la misma pena que por Trinidad si se muere Ambrosio?, le preguntó Gertrudis una vez. No, lo lloraría pero no le parecería que se acabó el mundo, Gertrudis. Será porque no hemos vivido juntos, pensaba. Tal vez si le hubiera lavado la ropa y cocinado y cuidado si se enfermaba, sería distinto.

La señora Hortensia volvió a San Miguel hecha una espina. La ropa le bailaba, se le había chupado la cara, sus ojos ya no brillaban como antes. ¿La policía no encontró las joyas, señora? La señora se rio sin ganas, nunca las encontrarían, y los ojos se le aguaron, Lucas era más vivo que la policía. Todavía lo quería, pobre. La verdad que no quedaban muchas, Amalia, las había ido vendiendo por él, para él. Qué tontos eran los hombres, él no necesitaba robárselas, Amalia, a él le hubiera bastado pedírmelas. La señora cambió. Los males le venían uno detrás de otro y ella indifereente, seria, callada. Ganó Prado, señora, el Apra se le volteó a Lavalle y votó por Prado y Prado ganó, así lo dijo la radio. Pero la señora ni la oía: perdí mi trabajo, Amalia, el gordo no me renovó el contrato. Lo decía sin furia, como la cosa más normal del mundo. Y unos días después, a la señorita Queta, las deudas me van a ahogar. No parecía asustada ni que le importara. Amalia ya no sabía qué inventar cuando el señor Poncio venía a cobrar el alquiler: no está, salió, mañana, el lunes. Antes, el señor Poncio era puro piropro y amabilidad; ahora, una hiena: enrojecía, tosía, se atoraba. ¿Con que no está? Le dio a Amalia un em-

pellón y ladró ¡señora Hortensia, basta de engaños! Desde lo alto de la escalera, la señora lo miró como si fuera una cucarachita: con qué derecho esos gritos, dígame a Paredes que le pagaré otro día. Usted no paga y el coronel Paredes me requinta a mí, ladró el señor Poncio, la vamos a sacar de aquí judicialmente. Saldré cuando me dé la gana, dijo la señora sin gritar y él, ladrando, le damos plazo hasta el lunes o procederemos. Amalia subió después al cuarto pensando estará furiosa. Pero no, estaba tranquila, mirando el techo con ojos gelatinosos. Cuando Cayo, Paredes ni quería cobrar el alquiler, Amalia, y en cambio ahora. Hablaba con una terrible flojera, como si estuviera lejísimos o durmiéndose. Tendrían que mudarse, no había otro remedio, Amalia. Fueron unos días agitados. La señora salía temprano, volvía tarde, vi cien casas y todas carísimas, llamaba a un señor y a otro señor, les pedía una firmita, un préstamo y colgaba el teléfono y se le torcía la boca: malagradecidos, ingratos. El día de la mudanza vino el señor Poncio y se encerró con la señora en el cuartito que era de don Cayo. Por fin bajó la señora y ordenó a los hombres del camión que volvieran a meter a la casa los muebles de la salita y el bar.

La falta de esos muebles ni se notó en el departamento de Magdalena Vieja, era más chico que la casita de San Miguel. Hasta sobraron cosas y la señora vendió el escritorio, los sillones, los espejos y el aparador. El departamento estaba en el segundo piso de un edificio color verde, tenía comedor, dormitorio, baño, cocina, patiecito y cuarto de sirvienta con su baño. Estaba nuevo, y una vez arreglado, quedó bonito.

El primer domingo que se encontró con Ambrosio en la avenida Brasil, en el paradero del Hospital Militar, tuvieron una pelea. Pobre la señora, le contaba Amalia, los apuros que pasó, le quitaron sus muebles, las groserías del señor Poncio, y Ambrosio dijo me alegro. ¿Qué? Sí, era una conchuda. ¿Qué? Sableaba a la gente, se las pasaba pidiéndole plata a don Fermín que ya la había ayudado tanto, una desconsiderada. Plántala, Amalia, búscate otra casa. Antes te planto a ti,

dijo Amalia. Discutieron como una hora y sólo se amistarón a medias. Está bien, no hablarían más de ella, Amalia, no valía la pena que nos peleemos por esa loca.

Con los préstamos y lo que vendió, la señora estuvo viviendo mal que bien, mientras buscaba trabajo. Encontró al fin en un sitio de Barranco, «La Laguna». Otra vez empezó a hablar de dejar de fumar y a amanecer muy maquillada. Nunca nombraba al señor Lucas, sólo venía a verla la señorita Queta. No era la de antes. No hacía bromas, no tenía la malicia, la gracia, esa manera tan despreocupada y alegre de antes. Ahora pensaba mucho en la plata. Quiñoncito está loco por ti chola, y ella no quería verlo ni en pintura, Quetita, no tiene un cobre. Después de un tiempo empezó a salir con hombres, pero nunca los hacía pasar, los tenía esperando en la puerta o en la calle mientras se alistaba. Le da vergüenza que vean cómo vive ahora, pensaba Amalia. Se levantaba y se servía su pisco con ginger-ale. Oía la radio, leía el periódico, llamaba a la señorita Queta, y se tomaba dos, tres. Ya no se la veía tan guapa ni tan elegante.

Así se pasaban los días, las semanas. Cuando la señora dejó de cantar en «La Laguna», Amalia se enteró sólo dos días después. Un lunes y un martes la señora se quedó en casa, ¿tampoco iba a ir a cantar esta noche, señora? No volvería a «La Laguna» más, Amalia, la explotaban, buscaría un sitio mejor. Pero los días siguientes no la vio muy ansiosa por encontrar otro trabajo. Se quedaba en cama, las cortinas cerradas, oyendo radio en la penumbra. Se levantaba pesadamente a prepararse un chilcanito y cuando Amalia entraba al cuarto la veía inmóvil, la mirada perdida en el humo, la voz floja y los gestos cansados. A eso de las siete comenzaba a pintarse la boca y las uñas, a peinarse, y a eso de las ocho la señorita Queta la recogía en su autito. Volvía al amanecer hecha un trapo, tomadísima, con una fatiga tan grande que a veces despertaba a Amalia para que la ayudara a desvestirse. Vea cómo está enflaqueciéndose, le dijo Amalia a la señorita Queta, díglele que coma, se va a enfermar. La se-

ñorita se lo decía, pero no le hacía caso. Todo el tiempo andaba llevando su ropa a una costurera de la avenida Brasil para que se la angostara. Cada día le daba a Amalia lo del diario y le pagaba su sueldo puntual, ¿de dónde sacaba plata? Ningún hombre se había quedado a dormir en el departamento de Magdalena todavía. Tendría sus cosas en la calle, a lo mejor. Cuando la señora comenzó a trabajar en el «Monmartre», no habló más de dejar de fumar ni de corrientes de aire. Ahora hasta cantar le importaba un pito. Con qué desgano se maquillaba. Ni el arreglo y la limpieza de la casa le interesaban, ella que se ponía histérica cuando pasaba un dedo por la mesa y encontraba polvo. Ni se fijaba que los ceniceros se quedaban repletos de puchos, y no había vuelto a preguntarle en las mañanas ¿te duchaste, te echaste desodorante? El departamento se veía desordenado, pero Amalia no tenía tiempo para todo. Además, ahora la limpieza le costaba mucho más esfuerzo. La señora me contagió su flojera, le contaba a Ambrosio. Da no sé qué verla a la señora así, tan dejada, señorita, ¿sería porque no se conformaba de lo del señor Lucas? Sí, dijo la señorita Queta, y también porque el trago y las pastillitas para los nervios la tienen medio idiotizada.

Lo 7
Un día tocaron la puerta, Amalia abrió y era don Fermín. Tampoco la reconoció: Hortensia me está esperando. Cómo había envejecido desde la última vez, cuántas canas, qué ojos hundidos. La señora la mandó a comprar cigarrillos, y el domingo, cuando Amalia le preguntó a Ambrosio a qué vino don Fermín, él hizo ascos: a traerle plata, esa desgraciada lo había tomado de manso. ¿Qué te ha hecho la señora a ti, por qué la odias? A Ambrosio nada, pero a don Fermín lo estaba sangrando, abusando de lo bueno que era, cualquier otro la hubiera mandado al diablo. Amalia se enfurecía: qué te metes tú, qué te importa a ti. Busca otro trabajo, insistía él ¿no ves que se muere de hambre?, déjala.

A veces la señora desaparecía dos, tres días, y al volver estuve de viaje, Amalia. Paracas, el Cuzco, Chim-

señorita Queta, como si no le llamara la atención. Y si supieras de quién, se rio la señora, pero al ver la cara de Amalia se puso un dedo en la boca: no se podía decir, chola, era un secreto.

¿Qué iba a pasar ahora? Nada, no la iba a botar. La señora la había llevado al médico y quería que se cuidara, no te agaches, no enceres, no levantes eso. Era buena la señora, y ella se sentía tan aliviada de habérselo contado a alguien. ¿Y si Ambrosio se enteraba? Qué importa si de todos modos te va a dejar, bruta. Pero no la dejaba, todos los domingos venía. Conversaban, tomaban lonche y Amalia pensaba qué falso, qué mentiroso todo lo que decimos. Porque hablaban de todo menos de eso. No habían vuelto al cuartito, iban a pasear o al cine y en la noche él la traía hasta el Hospital Militar. Se lo notaba preocupado, la mirada se le perdía por momentos, y ella pensaba pero tú de qué te pones así, ¿acaso le había pedido que se casaran, acaso plata? Un domingo, al salir de la vermouth, le escuchó la voz cortada: cómo te sientes, Amalia. Bien nomás, dijo ella, y mirando el suelo ¿le preguntaba eso por el hijo? Cuando nazca ya no podrás seguir trabajando, lo oyó decir. Y por qué no, dijo Amalia, qué crees que voy a hacer, de qué iba a vivir. Y Ambrosio: de eso tendré que encargarme yo. No habló más hasta que se despidieron. ¿Me encargaré yo?, pensaba a oscuras, frotándose la barriga, ¿él? ¿Quería decir vivir juntos, la casita?

El quinto, el sexto mes. Se sentía muy pesada ya, tenía que interrumpir el arreglo para recuperar el aliento, la cocina, hasta que pasaran los arrebatos de calor. Y un día la señora dijo nos mudamos. ¿Adónde, señora? A Jesús María, este departamento resultaba caro. Vinieron unos hombres a examinar los muebles y a discutir precios, volvieron con una camioneta y se llevaron las sillas, la mesa del comedor, la alfombra, el tocadiscos, el refrigerador, la cocina. Amalia sintió una opresión en el pecho al día siguiente, cuando vio las tres maletas y los diez paquetitos que contenían todas las cosas de la señora. De qué te apenas si a ella

go que telefonar. Le abrió la cartera a su tía, le sacó un sol y fue a la bodega de la esquina. No se había olvidado del número, lo recordaba clarito. Pero contestó una voz de chiquilla que no conocía: no, ahí no vivía ninguna señorita Queta. Volvió a llamar y un hombre: no era ahí, no la conocían, ellos acababan de mudarse ahí, tal vez era la antigua inquilina. Se apoyó contra un árbol, para recuperar el aliento. Se sentía tan asustada, pensaba el mundo se ha vuelto loco. Por eso no había ido a la Maternidad, ése era el crimen de que hablaban en la radio, y a ella la estaban buscando. Se la llevarían, le harían preguntas, le pegarían, la matarían como a Trinidad.

Pasó unos días sin salir de la casa, ayudando a su tía en el arreglo. No abría la boca, pensaba la mataron, se murió. Se le paraba el corazón cuando tocaban la puerta. Al tercer día fueron con su tía a la Parroquia a bautizar a Amalita y cuando el Padre preguntó ¿qué nombre? ella contestó: Amalia Hortensia. Se pasaba las noches en blanco, abrazando a Amalita, sintiéndose vacía, culpable, perdón por haber pensado mal de usted, ella cómo podía saber, señora, pensando qué sería de la señorita Queta. Pero al cuarto día reaccionó: haces un mundo de todo, de qué tanto miedo, bruta. Iría a la policía, estuve en la Maternidad, averigüen, verían que era cierto y la dejarían en paz. No: la insultarían, no le creerían. Al atardecer su tía la mandó a comprar azúcar y cuando estaba cruzando la esquina una figura se apartó del poste y le cerró el paso, Amalia dio un grito: te espero hace horas, dijo Ambrosio. Se dejó ir contra él, incapaz de hablar. Estuvo así, tragándose las lágrimas y los mocos, la cara en el pecho de él, y Ambrosio la consolaba. La gente estaba mirando, no llores, hacía tres semanas que la buscaba, ¿y el hijito, Amalia? La hijita, sollozaba ella, sí, había nacido bien. Ambrosio sacó un pañuelo, le limpió la cara, la hizo estornudar, la llevó a un café. Se sentaron en una mesita del fondo. Él le había pasado el brazo, la dejaba llorar dándole palmaditas. Está bien, estaba bien, Amalia, ya basta. ¿Lloraba por lo de la señora Horten-

quién gritaba más. Trifulcio se volvía a mirar a las otras parejas, pero con tanta gente parada, muchos ni se veían ya. El que daba las órdenes, en cambio, estaba ahí, los codos apoyados en la baranda de la galería, rodeado de cuatro más, escuchando y mirando a todos lados.

—Sólo cuidando el escenario hay quince —dijo Ludovico—. Y mira cuántos tipos más con brazaletes repartidos por el teatro. Sin contar que cuando se arme van a salir algunos espontáneos. Creo que no se va a poder.

—¿Y por qué no se va a poder? —dijo Trifulcio—. ¿El Molina ése no lo explicó clarito?

—Tendríamos que ser unos cincuenta, y bien entrenados —dijo Ludovico—. Esos arequipeños son unos maletas, yo me he dado cuenta. No se va a poder.

—Se tiene que poder —Trifulcio señaló hacia la galería—. Si no, quién aguanta a ése.

—La contra-manifestación ya debería estar llegando aquí —dijo Ludovico—. ¿Oyes algo, en la calle?

Trifulcio no le contestó, escuchaba al señor de azul erguido frente al micrófono: Odría era un Dictador, la Ley de Seguridad Interior anticonstitucional, el hombre común y corriente quería libertad. Y los adulaba a los arequipeños: la ciudad rebelde, la ciudad mártir, la tiranía de Odría habría ensangrentado a Arequipa el año cincuenta pero no había podido matar su amor a la libertad.

—¿Habla bien, no cree? —dijo Trifulcio—. El senador Arévalo lo mismo, hasta mejor que este fulano. Hace llorar a la gente. ¿No lo ha oído nunca?

—No cabe ni una mosca y siguen entrando —dijo Ludovico—. Espero que al cojudo de tu jefe no se le ocurra dar la señal.

—Pero éste se lo ganó al doctor Lama —dijo Trifulcio—. Igual de elegante, pero no tan en difícil. Se le entiende todo.

—¿Qué? —dijo Cayo Bermúdez—. ¿La contra-manifestación un fracaso total, Molina?

—No más de docientas personas, don Cayo —dijo

Tan
bien
ni di un
higa al
otro
bande

Molina—. Les repartirían mucho trago. Yo se lo advertí al doctor Lama, pero usted lo conoce. Se emborracharían, se quedarían en el Mercado. Unas docientas, a lo más. ¿Qué hacemos, don Cayo?

—Me está volviendo —dijo Trifulcio—. Por esos hijos de puta que fuman. Otra vez, maldita sea.

—Tendría que estar loco para dar la señal —dijo Ludovico—. ¿Dónde está Hipólito? ¿Tú ves dónde anda mi compañero?

La estrechez, los gritos, los cigarrillos habían caldeado el local y se veía brillo de sudor en las caras; algunos se habían quitado los sacos, aflojado las corbatas, y todo el teatro daba alaridos: Li-ber-tad, Le-ga-li-dad. Angustiado, Trifulcio pensó: otra vez. Cerró los ojos, agachó la cabeza, respiró hondo. Se tocó el pecho: fuerte, de nuevo muy fuerte. El señor de azul había terminado de hablar, se oía una maquinita, el de la corbata michi movía las manos como un director de orquesta.

—Está bien, ganaron ellos —dijo Cayo Bermúdez—. En esas condiciones, mejor anule la cosa, Molina.

—Voy a tratar, pero no sé si será posible, don Cayo —dijo Molina—. La gente está adentro, dudo que les llegue la contraorden a tiempo. Corto y lo llamo después, don Cayo.

Ahora estaba hablando un gordo alto, vestido de gris, y debía ser arequipeño porque todos coreaban su nombre y lo saludaban con las manos. Rápido, pronto, pensó Trifulcio, no iba a aguantar, ¿por qué no la daba de una vez? Encogido en el asiento, los ojos entrecerrados, contaba su pulso, uno-dos, uno-dos. El gordo alzaba los brazos, manoteaba, y se le había enronquecido la voz.

—Me siento mal, ahora sí —dijo Trifulcio—. Necesito más aire, señor.

—Espero que no sea tan bruto, que no la dé —surró Ludovico—. Y si la da tú y yo no nos movemos. Nosotros quietos, ¿oyes negro?

—¡Calla, millonario! —irrupió, allá arriba, la voz

del que daba las órdenes—. ¡No engañes al pueblo! ¡Viva Odría!

—Menos mal, me estaba ahogando. Y ahí está el silbato —dijo Trifulcio, poniéndose de pie—. ¡Viva el General Odría!

—Todo el mundo se quedó alelado, hasta el que discurseaba —dijo Ludovico—. Todos miraban a la galería.

Estallaron otros Viva Odría en diferentes puntos del local, y ahora el gordo chillaba provocadores, provocadores, la cara morada de furia, mientras exclamaciones, empujones y protestas sumergían su voz y una tormenta de desorden revolucionaba el teatro. Todos se habían puesto de pie, al fondo de la platea había movimientos y jalones, se oían insultos, y ya había gente peleando. Parado, su pecho subiendo y bajando, Trifulcio volvió a gritar ¡Viva Odría! Alguien de la fila de atrás lo agarró del hombro: ¡provocador! Él se desprendió de un codazo y miró al limeño: ya, vamos. Pero Ludovico Pantoja estaba acurrucado como una momia, mirándolo con los ojos saltados. Trifulcio lo cogió de las solapas, lo hizo levantarse: muévase, hombre.

—Qué me quedaba, ya todos se estaban mechando —dijo Ludovico—. El negro sacó su cadena y se lanzó al escenario dando empujones. Saqué la pistola y me fui detrás de él. Con otros dos tipos pudimos llegar hasta la primera fila. Ahí nos esperaban los de los brazaletes.

Algunos del escenario corrían hacia las salidas, otros miraban a los tipos del servicio de orden que habían formado una muralla y esperaban, con los palos en alto, al negrazo y a los otros dos que avanzaban remeciendo las cadenas sobre sus cabezas. Éntrales, Urondo, gritó Trifulcio, éntrales Téllez. Hizo chicotear la cadena como un domador su látigo, y el de los brazaletes que estaba más cerca soltó el palo y cayó al suelo agarrándose la cara. Sube negro, gritó Urondo, y Téllez ¡nosotros los aguantamos, negro! Trifulcio los vio aventándose contra el grupito que defendía la

para que no los apedreen. ¿Por qué no llega la orden para que actúe el Ejército, don Cayo?

—¿Y ellos, señor? —dijo Téllez—. ¿Qué han hecho con Martínez, con el viejo?

—No te preocupes, ya los enterramos —dijo Molina—. ¿Tú eres Téllez, no? Tu jefe te ha dejado plata en la Prefectura para que regreses a Ica en ómnibus, apenas puedas caminar.

—¿Y por qué los han enterrado aquí, señor? —dijo Téllez—. Martínez tiene mujer e hijos en Ica, Trifulcio tiene parientes en Chíncha. Por qué no los mandaron allá para que los enterraran las familias. Por qué aquí, como perros. Nadie va a venir a visitarlos nunca, señor.

—¿Hipólito? —dijo Molina—. Tomó su colectivo a Lima a pesar de mis órdenes. Le pedí que se quedara a ayudarnos y se largó. Sí, ya sé que se portó mal en el teatro, Ludovico. Pero voy a pasar un parte a Lozano y lo voy a joder.

—Cálmese, Molina —dijo Cayo Bermúdez—. Con calma, con detalles, vaya por partes. Cuál es la situación, exactamente.

—La situación es que la policía ya no está en condiciones de restablecer el orden, don Cayo —dijo el Prefecto—. Se lo repito una vez más. Si no interviene el Ejército aquí va a pasar cualquier cosa.

—¿La situación? —dijo el general Llerena—. Muy simple, Paredes. La imbecilidad de Bermúdez nos ha puesto entre la espada y la pared. Las embarró y ahora quiere que el Ejército arregle las cosas con una demostración de fuerza.

—¿Demostración de fuerza? —dijo el general Alvarado—. No, mi general. Si saco la tropa, habrá más muertos que el año cincuenta. Hay barricadas, gente armada, y los huelguistas son toda la ciudad. Le advierto que correría mucha sangre.

—Cayo asegura que no, mi General —dijo el comandante Paredes—. La huelga es seguida sólo en un veinte por ciento. El lío lo ha desatado un pequeño grupo de agitadores contratados por la Coalición.

—En el Hospital los más graves, señor Lozano —dijo Molina—. Unos veinte, más o menos.

—¿Enterraron a los dos tipos de Arévalo? —dijo Lozano.

—Con la mayor discreción, como ordenó don Cayo —dijo Molina—. Otros dos se regresaron a Ica. Sólo queda uno en el hospital. Un tal Téllez.

—Sáquelo cuanto antes de Arequipa —dijo Lozano—. Y lo mismo al par que yo le mandé. Esa gente no debe continuar ahí.

—Hipólito ya se fue, a pesar de mis órdenes —dijo Molina—. Pero Pantoja está en la clínica, grave. No podrá moverse durante algún tiempo, señor.

—Ah, ya entiendo —dijo Cayo Bermúdez—. Bueno, en las circunstancias actuales lo comprendo muy bien. Es una solución, sí, de acuerdo. ¿Dónde firmo?

—No pareces muy triste, Cayo —dijo el comandante Paredes—. Lo siento mucho pero no te pude apoyar. En cuestiones políticas, la amistad a veces hay que ponerla de lado.

—No me des explicaciones, yo entiendo de sobra —dijo Cayo Bermúdez—. Además, hace tiempo que quería largarme, tú lo sabes. Sí, salgo mañana temprano, en avión.

—No sé cómo voy a sentirme de Ministro de Gobierno —dijo el comandante Paredes—. Lástima que no te quedes aquí para darme consejos, con la experiencia que tienes.

—Te voy a dar un buen consejo —sonrió Cayo Bermúdez—. No te fíes ni de tu madre.

—Los errores se pagan muy caros en política —dijo el comandante Paredes—. Es como en la guerra, Cayo.

—Es verdad —dijo Cayo Bermúdez—. No quiero que se sepa que viajo mañana. Guárdame el secreto, por favor.

—Te tenemos un taxi que te llevará hasta Camaná, allá puedes descansar un par de días antes de continuar a Ica, si quieres —dijo Molina—. Y mejor ni abras la boca sobre lo que te pasó en Arequipa.

que hedía a tabaco picante y alcohol, paseó por sus dientes, encías, aplastó su lengua y se retiró dejando una masa de saliva amarga en su boca. Luego, la manita la alejó del sillón sin delicadeza: a ver si bailas mejor que besas. Queta sentía que la cólera la iba dominando, pero su sonrisa, en vez de disminuir, aumentó. Malvina vino hacia ellos, cogió a Queta de la mano, la arrastró a la alfombra. Bailaron una huaracha, haciendo figuras y cantando, tocándose apenas con la yema de los dedos. Después, un bolero, soldadas una contra otra. ¿Quién es?, murmuró Queta en el oído de Malvina. Quién sería, Quetita, un conchesumadre de esos.

—Un poquito más cariñosas —susurró él, lentísimo, y su voz era otra; se había entibiado y como humanizado—. Un poquito más de corazón.

Malvina lanzó su risita aguda y artificial y comenzó a decir en voz alta ricura, mamacita, y a frotarse empeñosamente contra Queta que la había tomado de la cintura y la hamacaba. El movimiento del sillón se reanudó, ahora más rápido que antes, desigual y con un sigiloso rumor de resortes, y Queta pensó ya está, ya se va. Buscó la boca de Malvina y mientras se besaban cerró los ojos para que no le viniera la risa. Y en eso el chirrido trepidante de las ruedas de un automóvil que frenaba apagó la música. Se soltaron, Malvina se tapaba los oídos, dijo borrachos escandalosos. Pero no hubo choque, sólo un portazo después de la frenada seca y silbante, y por fin el timbre de la casa. Sonaba como si se hubiera pegado.

—No es nada, qué les pasa —dijo él, con furia sorda—. Sigan bailando.

Pero el disco había terminado y Malvina fue a cambiarlo. Volvieron a abrazarse, a bailar, y de pronto la puerta se estrelló contra la pared como si la hubieran abierto de un patadón. Queta lo vio: sambo, grande, musculoso, brillante como el terno azul que llevaba, una piel a medio camino del betún y del chocolate, unos pelos furiosamente alisados. Clavado en el umbral, una manaza adherida al picaporte, sus ojos blancos y enormes, deslumbrados, la miraban. Ni siquiera

cuando el hombre saltó del sillón y cruzó la alfombra de dos trancos, dejaron de mirarla.

—¿Qué mierda haces aquí? —dijo el hombre, plantado ante el sambo, los puñitos cerrados como si fuera a golpearlo—. ¿No se pide permiso para entrar?

—El general Espina está en la puerta, don Cayo —parecía encogerse, había soltado el picaporte, miraba al hombre acobardado, las palabras se le atropellaban—. En su carro. Que baje, que es muy urgente.

Malvina se ponía apresuradamente la falda, la blusa, los zapatos, y Queta, mientras se vestía, miró otra vez a la puerta. Por sobre el hombrecillo de espaldas, encontró un segundo los ojos del sambo: atemorizados, deslumbrados.

—Dile que bajo en seguida —murmuró el hombre—. No vuelvas a entrar así a ninguna parte, si no quieres que un día te reciban con un balazo.

—Perdóneme, don Cayo —asintió el sambo, retrocediendo—. No pensé, me dijeron está allá. Discúlpeme.

Desapareció en el pasillo y el hombre cerró la puerta. Se volvió hacia ellas y la luz de la lámpara lo iluminó de pies a cabeza. Su cara estaba cuarteada, en sus ojillos había un brillo rancio y frustrado. Sacó unos billetes de su cartera y los puso sobre un sillón. Se les acercó, acomodándose la corbata.

—Para que se consuelen de mi partida —murmuró de mal modo, apuntando con un dedo los billetes. Y ordenó a Queta—: Te mandaré a buscar mañana. A eso de las nueve.

—A esa hora no puedo salir —dijo Queta, rápidamente, echando una mirada a Malvina.

—Ya verás que sí —dijo él, secamente—. A eso de las nueve, ya sabes.

—¿Así que a mí me basureas, amorcito? —se rio Malvina, empinándose para observar los billetes del sillón—. Así que te llamas Cayo. ¿Cayo qué?

—Cayo Mierda —dijo él, camino a la puerta, sin volverse. Salíó y cerró con fuerza.

—ACABAN de llamarte de tu casa, Zavalita —dijo Solórzano, al verlo entrar en la redacción—. Algo urgente. Sí, tu papá, creo.

Corrió al primer escritorio, marcó el número, largas llamadas hirientes, una desconocida voz serrana: el señor no estaba, nadie estaba. Habían cambiado de mayordomo otra vez y ése ni sabía quién eras, Zavalita.

—Soy Santiago, el hijo del señor —repitió, alzando la voz—. ¿Qué le pasa a mi papá? ¿Dónde está?

—Enfermo —dijo el mayordomo—. En la clínica está. No sabe en cuál, señor.

Pidió una libra a Solórzano y tomó un taxi. Al entrar a la Clínica Americana vio a la Teté, llamando por teléfono desde la Administración; un muchacho que no era el Chispas la tenía del hombro y sólo cuando estuvo muy cerca reconoció a Popeye. Lo vieron, la Teté colgó.

—Ya está mejor, ya está mejor —tenía los ojos llorosos, la voz quebrada—. Pero creímos que se moría, Santiago.

—Hace una hora que te llamamos, flaco —dijo Popeye—. A tu pensión, a «La Crónica». Ya me iba a buscarte en el auto.

—Pero no fue esa vez —dice Santiago—. Murió al segundo ataque, Ambrosio. Un año y medio después.

Había sido a la hora del té. Don Fermín había regresado a la casa más temprano que de costumbre; no se sentía bien, temía una gripe. Había tomado un té caliente, un trago de coñac, y estaba leyendo Seleccionnes, bien arropado en su sillón del escritorio, cuando la Teté y Popeye, que oían discos en la sala, sintieron el golpe. Santiago cierra los ojos: el macizo cuerpo de bruces en la alfombra, el rostro inmovilizado en una mueca de dolor o de espanto, la manta y la revista caídas. Los gritos que daría la mamá, la confusión que habría. Lo habían abrigado con frazadas, subido al automóvil de Popeye, traído a la clínica. A pesar de la barbaridad que hicieron ustedes moviéndolo ha resistido muy bien el infarto, había dicho el médico. Necesitaba guardar reposo absoluto, pero ya no había nada

oficina —dijo el tío Clodomiro—. Trabajaba demasiado, no podía ser.

—Quiere estar en todo, no me hace caso —dijo el Chispas—. Le he pedido hasta el cansancio que me deje a mí ocuparme de las cosas, pero no hay forma. Ahora tendrá que descansar a la fuerza.

—Está mal de los nervios —la señora Zoila miró a Santiago con rencor—. No es sólo la oficina, también es este mocoso. Le quita la vida no tener noticias tuyas y tú cada vez te haces rogar más para venir a la casa.

—No des esos gritos de loca, mamá —dijo la Teté—. Te está oyendo.

—No lo dejas vivir tranquilo con los colerones que le das —sollozó la señora Zoila—. Le has amargado la vida a tu padre, mocoso.

La enfermera salió del dormitorio y susurró al pasar no hablen tan fuerte. La señora Zoila se limpió los ojos con el pañuelo y el tío Clodomiro se inclinó hacia ella, compungido y solícito. Estuvieron callados, mirándose. Luego la Teté y Popeye comenzaron de nuevo a cuchichear. Cómo habían cambiado todos, Zavalita, cómo había envejecido el tío Clodomiro. Le sonrió y su tío le devolvió una apenada sonrisa de circunstancias. Se había encogido, arrugado, casi no tenía pelo, sólo motitas blancas salpicadas por el cráneo. El Chispas era un hombre ya; en sus movimientos, en su manera de sentarse, en su voz había una seguridad adulta, una desenvoltura que parecía corporal y espiritual a la vez, y su mirada era tranquilamente resuelta. Ahí estaba, Zavalita: fuerte, bronceado, terno gris, zapatos y medias negras, los puños albos de su camisa, la corbata verde oscura con un discreto prendedor, el rectángulo del pañuelito blanco asomando en el bolsillo del saco. Y ahí la Teté, hablando en voz baja con Popeye. Tenían unidas las manos, se miraban a los ojos. Su vestido rosado, piensa, el ancho lazo que envolvía su cuello y bajaba hasta la cintura. Se notaban sus senos, la curva de la cadera comenzaba a apuntar, sus piernas eran largas y esbeltas, sus tobillos finos, sus manos blancas. Ya no eras como ellos, Zavalita, ya

eras un cholo. Piensa: ya sé por qué te venía esa furia apenas me veías, mamá. No se sentía victorioso ni contento, sólo impaciente por partir. Sigilosamente la enfermera vino a decir que había terminado la hora de visitas. La señora Zoila se quedaría a dormir en la clínica, el Chispas llevó a la Teté. Popeye ofreció su auto al tío Clodomiro pero él tomaría el colectivo, lo dejaba en la puerta de su casa, no valía la pena, mil gracias.

—Tu tío siempre es así —dijo Popeye; avanzaban despacio, en la noche recién caída, hacia el centro—. Nunca quiere que lo lleve ni que lo recoja.

—No le gusta molestar ni pedir favores —dijo Santiago—. Es un tipo muy sencillo.

—Sí, buenísima gente —dijo Popeye—. Se conoce todo el Perú ¿no?

Ahí Popeye, Zavalita: pecoso, colorado, los pelos rubios erizados, la misma mirada amistosa y sana de antes. Pero más grueso, más alto, más dueño de su cuerpo y del mundo. Su camisa a cuadros, piensa, su casaca de franela con solapas y codos de cuero, su pantalón de corduroy, sus mocasines.

—Nos pegamos un susto terrible con lo de tu viejo —manejaba con una mano, con la otra sintonizaba la radio—. Fue una suerte que no le viniera en la calle.

—Hablas ya como miembro de la familia —lo interrumpió Santiago, sonriéndole—. Ni sabía que estabas con la Teté, pecoso.

—¿No te había dicho nada? —exclamó Popeye—. Hace por lo menos dos meses, flaco. Estás en la luna tú.

—Hace tiempo que no iba a la casa —dijo Santiago—. En fin, me alegró mucho por los dos.

—Me las ha hecho pasar negras tu hermana —se rio Popeye—. Desde el colegio ¿te acuerdas? El que la sigue la consigue, ya ves.

Pararon en el «Tambo» de la avenida Arequipa, pidieron dos cafés, conversaron sin bajar del automóvil. Escarbaban los recuerdos comunes, se resumieron sus vidas. Acababa de recibirse de arquitecto, piensa, había

comenzado a trabajar en una empresa grande, aspiraba a formar con otros compañeros su propia compañía. ¿Y a ti, flaco, cómo te iba, qué proyectos?

—Me va bastante bien —dijo Santiago—. No tengo ningún proyecto. Sólo seguir en «La Crónica».

—¿Cuándo te vas a recibir de leguleyo? —dijo Popeye, con una risita cautelosa—. Tú eres pintado para eso.

—Creo que nunca —dijo Santiago—. No me gusta la abogacía.

—En confianza, eso lo amarga mucho a tu viejo —dijo Popeye—. Siempre anda diciéndonos a la Teté y a mí anímenlo a que termine su carrera. Sí, me cuenta todo. Me llevo muy bien con tu viejo, flaco. Nos hemos hecho patas. Es buenísima gente.

—No tengo ganas de ser doctor —bromeó Santiago—. Todo el mundo es doctor en este país.

—Y tú siempre has querido ser diferente de todo el mundo —se rio Popeye—. Igualito que de chico, flaco. No has cambiado.

Partieron del «Tambo», pero todavía charlaron un momento en la avenida Tacna, frente al edificio lechoso de «La Crónica», antes de que Santiago bajara. Tenían que verse un poco más, flaco, sobre todo ahora que somos medio cuñados. Popeye había querido buscarlo un montón de veces pero tú eras invisible, hermano. Les pasaría la voz a algunos del barrio que siempre preguntan por ti, flaco, y podían almorzar juntos un día de éstos. ¿No habías vuelto a ver a nadie de la promoción, flaco? Piensa: la promoción. Los cachorros que ya eran tigres y leones, Zavalita. Los ingenieros, los abogados, los gerentes. Algunos se habrían casado ya, piensa, tendrían queridas ya.

—No veo a mucha gente porque llevo vida de búho, pecosó, por el diario. Me acuesto al amanecer y me levanto para ir al trabajo.

—Una vida de lo más bohemia, flaco —dijo Popeye—. Debe ser bestial ¿no? Sobre todo para un intelectual como tú.

—De qué se ríe —dice Ambrosio—. Lo que le dije de su papá lo pienso de verdad, niño.

lando en un taxi. Te vas a Trujillo con Periquito y Darío, Zavalita.

—¿A Trujillo? —viajar, piensa, por fin viajar, aunque fuera a Trujillo—. ¿No puedo partir dentro de...?

—En realidad, ya partiste —dijo Arispe—. Un dato fijo, el ganador del millón y medio de la Polla, Zavalita.

—Está bien, me pego un duchazo y voy para allá —dijo Santiago.

—Puedes telefonarme el reportaje esta noche —dijo Arispe—. No te duches y ven de una vez, el agua es para los cochinos como Becerrita.

—Sí estoy —dice Santiago—. Lo que pasa es que ni eso lo decidí realmente yo. Se me impuso solo, como el trabajo, como todas las cosas que me han pasado. No las he hecho por mí. Ellas me hicieron a mí, más bien.

Se vistió de prisa, volvió a mojarse la cabeza, bajó a trancos la escalera. El chofer del taxi tuvo que despertarlo al llegar a «La Crónica». Era una mañana soleada, había un calorcito que deliciosamente entraba por los poros y adormecía los músculos y la voluntad. Arispe había dejado las instrucciones y dinero para gasolina, comida y hotel. A pesar del malestar y del sueño, te sentías contento con la idea del viaje, Zavalita. Periquito se sentó junto a Darío y Santiago se tendió en el asiento de atrás y se durmió casi en seguida. Despertó cuando entraban a Pasamayo. A la derecha dunas y amarillos cerros empinados, a la izquierda el mar azul resplandeciente y el precipicio que crecía, adelante la carretera trepando penosamente el flanco pelado del monte. Se incorporó y encendió un cigarrillo; Periquito miraba alarmado el abismo.

—Las curvas de Pasamayo les quitaron la tranca, maricones —se rio Darío.

—Anda más despacio —dijo Periquito—. Y como no tienes ojos en el cráneo, mejor no te voltées a conversar.

Darío conducía rápido, pero era seguro. Casi no encontraron autos en Pasamayo, en Chancay hicieron un alto para almorzar en una fonda de camioneros a

te ha dado por ahí —dijo cautelosamente la señora Zoila—. Supongo que tú no estarás pensando en casarte ¿no?

—Pero tendrás enamorada —dijo don Fermín—. Quién es, cuéntenos. No se lo diremos a la Teté, para que no te vuelva loco.

—No tengo, papá —dijo Santiago—. Palabra que no.

—Pues deberías, qué esperas —dijo don Fermín—. No querrás quedarte solterón, como el pobre Clodomiro.

—La Teté se casó unos meses después que yo —dice Santiago—. El Chispas, un año y pico después.

YA SABÍA que vendría, pensó Queta. Pero le pareció increíble que se hubiera atrevido. Era medianoche pasada, no se podía dar un paso, Malvina estaba borracha y Robertito sudaba. Borrosas en la medialuz envenenada de humo y chachachá, las parejas oscilaban en el sitio. De rato en rato, Queta distinguía en distintos puntos del Bar o en el saloncito o en los cuartos de arriba los disforzados chillidos de Malvina. Él seguía en la puerta, grande y asustado, con su flamante terno marrón a rayas y su corbata roja, los ojos yendo y viniendo. Buscándote, pensó Queta, divertida.

—La señora no permite negros —dijo Martha, a su lado—. Sácalo, Robertito.

—Es el matón de Bermúdez —dijo Robertito—. Voy a ver. La señora dirá.

—Sácalo sea quien sea —dijo Martha—. Esto se va a desprestigiar. Sácalo.

El muchachito con una sombra de bigote y chaleco de fantasía que la había sacado a bailar tres veces seguidas sin dirigirle la palabra, volvió a acercarse a Queta y articuló con angustia ¿subimos? Sí, dame para el cuarto y anda subiendo, era el doce, ella iría a pedir la llave. Se abrió paso entre la gente que bailaba, llegó

frente al sambo y vio sus ojos: ígneos, asustados. ¿Qué quería, quién lo había mandado aquí? Apartó la vista, volvió a mirarla y oyó apenas buenas noches.

—La señora Hortensia —susurró él, con voz avergonzada, desviando los ojos—. Que ha estado esperando que la llamara.

—He estado ocupada —no te mandó, no sabía mentir, viniste por mí—. Dile que la llamaré mañana.

Dio media vuelta, subió, y, mientras le pedía la llave del doce a Ivonne, pensaba se irá pero va a volver. La esperaría en la calle, un día la seguiría, por fin se atrevería y se le acercaría temblando. Bajó media hora después y lo vio sentado en el Bar, de espaldas a las parejas del salón. Bebía mirando las siluetas de senos protuberantes que Robertito había dibujado con tizas de colores en las paredes; sus ojos blancos revoloteaban en la penumbra, brillantes e intimidados y las uñas de la mano que aferraba el vaso de cerveza parecían fosforescentes. Se atrevió, pensó Queta. No se sintió sorprendida, no le importó. Pero sí a Martha, que estaba bailando y gruñó ¿viste? al pasar Queta a su lado, ahora se permitían negros aquí. Despidió en la entrada al muchachito del chaleco, volvió al Bar y Robertito le servía al sambo otra cerveza. Quedaban muchos hombres sin pareja, arrinconados y de pie, mirando, y ya no se oía a Malvina. Cruzó la pista, una mano la pellizcó en la cadera y ella sonrió sin detenerse, pero antes de llegar al mostrador se le interpuso una cara hinchada de ojos añejos y cejas hirsutas: ven a bailar.

—La señorita está conmigo, don —musitó la voz ahogada del sambo; estaba junto a la lámpara y la pantalla de luceros verdes le daba en el hombro.

—Me acerqué primero —vaciló el otro, considerando el largo cuerpo inmóvil—. Pero está bien, no peleemos.

—No estoy con éste sino contigo —dijo Queta, tomando de la mano al hombre—. Ven, vamos a bailar.

Lo jaló a la pista, riéndose por adentro, pensando ¿cuántas cervezas para atreverse?, pensando te voy a

CARILLAS borronadas y tiradas al canasto, piensa, semanas y meses borronados y tirados al. Ahí estaban, Zavalita: la estática redacción con sus chistes y chismes recurrentes, las conversaciones giratorias con Carlitos en el «Negro-Negro», las visitas de ladrón al mostrador de las boites. ¿Cuántas veces se habían amistado, peleado y reconciliado Carlitos y la China? ¿Cuándo las borracheras de Carlitos se habían convertido en una sola borrachera crónica? En esa gelatina de días, en esos meses malaguas, en esos años líquidos que se escurrían de la memoria, sólo un ~~hilo delgadísimo~~ al que asirse. Piensa: Ana. Habían salido juntos una semana después que Santiago dejó «La Maison de Santé» y vieron en el cine San Martín una película con Columba Domínguez y Pedro Armendáriz y comieron embutidos en un restaurant alemán de la Colmena; el jueves siguiente, chili con carne en el «Cream Rica» del jirón de la Unión y una de toreros en el Excélsior. Luego todo se atomizaba y confundía, Zavalita, tés en las vecindades del Palacio de Justicia, caminatas por el Parque de la Exposición, hasta que, de pronto, en el invierno de menuda garúa y neblina pertinaz, esa anodina relación hecha de menús baratos y melodramas mexicanos y juegos de palabras había adquirido una vaga estabilidad. Ahí estaba el «Neptuno», Zavalita: el oscuro local de ritmos sonámbulos, sus parejas ominosas bailando en las tinieblas, las estrellitas fosforescentes de las paredes, su olor a trago y adulterio. Estabas preocupado por la cuenta, hacías durar el vaso avaramente, calculabas. Ahí se besaron por primera vez, empujados por la poca luz, piensa, la música y las siluetas que se manoseaban en la sombra: estoy enamorado de ti, Anita. Ahí tu sorpresa al sentir su cuerpo que se abandonaba contra el tuyo, yo también de ti Santiago, ahí la avidez juvenil de su boca y el deseo que te anegó. Se besaron largamente mientras bailaban, siguieron besándose en la mesa, y, en el taxi en que la llevaba a su casa, Ana se dejó acariciar los senos sin protestar. No hizo una broma en toda la noche, piensa. Había sido un romance desganado y semi-clan-

destino, Zavalita. Ana se empeñaba en que fueras a almorzar a su casa y tú nunca podías, tenías un reporte, un compromiso, la semana próxima, otro día. Una tarde los encontró Carlitos en el «Haití» de la Plaza de Armas y puso cara de asombro al verlos de la mano y a Ana recostada en el hombro de Santiago. Había sido la primera pelea, Zavalita. ¿Por qué no le habías presentado a tu familia, por qué no quieres conocer a la mía, por qué ni siquiera a tu amigo íntimo le habías contado, te avergüenza estar conmigo? Estaban en la puerta de «La Maison de Santé» y hacía frío y tú te sentías aburrido: ya sé por qué te gustan tanto los melodramas mexicanos, Anita. Ella dio media vuelta y se entró a la clínica, sin despedirse.

Los primeros días después de esa pelea había sentido un delicado malestar, una quieta nostalgia. ¿El amor, Zavalita? Entonces nunca habías estado enamorado de Aída, piensa. ¿O era el amor ese gusano en las tripas que sentías años atrás? Piensa: entonces nunca de Ana, Zavalita. Volvió a salir con Carlitos y Milton y Solórzano y Norwin; una noche les contó bromeando sus amoríos con Ana y les inventó que se acostaban. Luego, un día, antes de ir al diario se bajó en el paradero del Palacio de Justicia y se presentó en la clínica. Sin premeditarlo, piensa, como de casualidad. Se reconciliaron en el zaguán de la entrada, entre gente que llegaba y salía, sin tocarse ni las manos, hablando en secreto, mirándose a los ojos. Me porté mal Anita, yo me porté mal Santiago, no sabes lo mal que me he Anita, y yo he llorado todas las Santiago. Se reunieron de nuevo al anochecer, en un cafetín de chinos con borrachitos y losetas cubiertas de aserrín, y hablaron horas, sin soltarse las manos, ante dos tazas de café con leche intactas. Pero tú habías debido contarle antes, Santiago, cómo se le iba a ocurrir que te llevabas mal con tu familia, y él le contaba de nuevo, la Universidad, la Fracción, «La Crónica», la tirante cordialidad con sus padres y hermanos. Todo menos lo de Aída, Zavalita, menos lo de Ambrosio, lo de la Musa. ¿Por qué le habías contado tu vida? Desde entonces se

la voz, ¿era por?, ¿entendía? Y él, moviendo ligeramente la cabeza: entendía. Le pidió el dinero del cuarto, le ordenó que subiera y la esperara en el doce y cuando él desapareció en la escalera ahí estaba Robertito, una maléfica sonrisa agrisulca en su cara lampiña, haciendo tintinear la llavecita contra el mostrador. Queta le arrojó el dinero a las manos.

—Vaya, Quetita, no me lo creo —silabeó él, con exquisito placer, achinando los ojos—. Te vas a ocupar con el morenito.

—Dame la llave —dijo Queta—. Y no me hables, maricón, ya sabes que no te puedo sentir.

—Qué sobrada te has vuelto desde que te juntas con la familia Bermúdez —dijo Robertito, riéndose—. Vienes poco y cuando vienes nos tratas como al perro, Quetita.

Ella le arranchó la llave. A media escalera se dio con Malvina que bajaba muerta de risa: pero si ahí estaba el sambito del año pasado, Queta. Señalaba hacia arriba y de pronto se le encendieron los ojos, ah, había venido por ti, y dio una palmada. Pero qué te pasaba, Quetita.

—El mierda ése de Robertito —dijo Queta—. No le aguanto más sus insolencias.

—Estará envidioso, no le hagas caso —se rió Malvina—. Todo el mundo te tiene ahora envidia, Quetita. Mejor para ti, tonta.

Él la estaba esperando en la puerta del doce. Queta abrió y él entró y se sentó en la esquina de la cama. Echó llave a la puerta, pasó al cuartito del lavatorio, corrió la cortina, encendió la luz, y metió entonces la cabeza en la habitación. Lo vio, quieto, serio, bajo el foco de luz con pantalla abombada, oscuro sobre la colcha rosada.

—¿Esperas que yo te desvista? —dijo, de mal modo—. Ven que te lave.

Lo vio levantarse y acercarse sin quitarle la mirada, que había perdido el aplomo y la prisa y recobrado la docilidad de la primera vez. Cuando estuvo delante de ella, se llevó la mano al bolsillo en un movimiento

*¿Reaccioné al conocer
mi matrimonio con Julia?*

llamar por teléfono y apenas dijo ¿aló? oyó el grito victorioso de la Teté: ¡ahí estaba el supersabio, papá! Ahí estaba su voz que se rebalsaba, ¡pero cómo habías hecho eso, loco!, su euforia, ¿de veras te habías casado?, su curiosidad, ¿con quién, loco?, su impaciencia, cuándo y cómo y dónde, su risita, pero por qué ni les dijiste que tenías enamorada, sus preguntas, ¿te habías robado a mi cuñada, se habían casado escapándose, era ella menor de edad? Cuenta, cuenta, hombre.

—Primero déjame hablar —dijo Santiago—. No puedo contestarte todo eso a la vez.

—¿Se llama Ana? —estalló de nuevo la Teté—. ¿Cómo es, de dónde es, cómo se apellida, yo la conozco, qué edad tiene?

—Mira, mejor le preguntas todo eso a ella —dijo Santiago—. ¿Van a estar a la noche en la casa?

—Por qué esta noche, idiota —gritó la Teté—. Vengan ahorita. ¿No ves que nos morimos de curiosidad?

—Iremos a eso de las siete —dijo Santiago—. A comer, okey. Chau, Teté.

Se había arreglado para esa visita más que para el matrimonio, Zavalita. Había ido a peinarse a una peluquería, pedido a doña Lucía que la ayudara a planchar una blusa, se había probado todos sus vestidos y zapatos y mirado y remirado en el espejo y demorado una hora en pintarse la boca y las uñas. Piensa: pobre flaquita. Había estado muy segura toda la tarde, mientras cotejaba y decidía su vestuario, muy risueña haciéndote preguntas sobre don Fermín y la señora Zoila y el Chispas y la Teté, pero al atardecer, cuando paseaba delante de Santiago, ¿cómo le quedaba esto amor, le caía esto otro amor?, ya su locuacidad era excesiva, su desenvoltura demasiado artificial y había esas chispitas de angustia en sus ojos. En el taxi, camino a Miraflores, había estado muda y seria, con la inquietud estampada en la boca.

—¿Me van a mirar como a un marciano, no? —dijo de pronto.

—Como a una marciana, más bien —dijo Santiago—. Qué te importa.

Le sale todo lo que le preocupa, sus negocios, la política, sus hijos. Habla, habla y yo sé lo que le está pasando por adentro. Dice que le da vergüenza, él me ha contado ¿ve?

—¿De qué se pone a llorar? —dijo Queta—. ¿De lo que tú?

—A veces horas de horas así —se quejó Ambrosio—. Él hablando y yo oyendo, yo hablando y él oyendo. Y tomando hasta que siento que ya no me cabe una gota más.

—¿De lo que no te excitas? —dijo Queta—. ¿Te excita sólo con trago?

—Con lo que le echa al trago —susurró Ambrosio; su voz se adelgazó hasta casi perderse y Queta lo miró: se había puesto el brazo sobre la cara, como un hombre que se asolea en la playa boca arriba—. La primera vez que lo pesqué se dio cuenta que lo había pescado. Se dio cuenta que me asusté. ¿Qué es eso que le echó?

—Nada, se llama yobimbina —dijo don Fermín—. Mira, yo me echo también. Nada, salud, tómalo.

—A veces ni el trago, ni la yobimbina, ni nada —se quejó Ambrosio—. Él se da cuenta, yo veo que se da. Pone unos ojos que dan pena, una voz. Tomando, tomando. Lo he visto echarse a llorar ¿ve? Dice anda vete y se encierra en su cuarto. Lo oigo hablando solo, gritándose. Se pone como loco de vergüenza ¿ve?

—¿Se enoja contigo, te hace escenas de celos? —dijo Queta—. ¿Cree que?

—No es tu culpa, no es tu culpa —gimió don Fermín—. Tampoco es mi culpa. Un hombre no puede excitarse con un hombre, yo sé.

—Se pone de rodillas ¿ve? —gimió Ambrosio—. Quejándose, a veces medio llorando. Déjame ser lo que soy, dice, déjame ser una puta, Ambrosio. ¿Ve, ve? Se humilla, sufre. Que te toque, que te lo bese, de rodillas, él a mí ¿ve? Peor que una puta ¿ve?

Queta se rio, despacito, volvió a tumbarse de espaldas, y suspiró.

—A ti te da pena él por eso —murmuró con una furia sorda—. A mí me da pena por ti más bien.

—A veces ni con ésas, ni por ésas —gimió Ambrosio, bajito—. Yo pienso se va a enfurecer, se va a enloquecer, va a. Pero no, no. Anda vete, dice, tienes razón, déjame solo, vuelve dentro de dos horas, dentro de una.

—¿Y cuando puedes hacerle el favor? —dijo Queta—. ¿Se pone feliz, saca su cartera y?

—Le da vergüenza, también —gimió Ambrosio—. Se va al baño, se encierra y no sale nunca. Yo voy al otro bañito, me ducho, me jabono. Hay agua caliente y todo. Vuelvo y él no ha salido. Se está horas lavándose, se echa colonias. Sale pálido, no habla. Anda al auto, dice, ya bajo. Déjame en el centro, dice, no quiere que lleguemos juntos a su casa. Tiene vergüenza ¿ve?

—¿Y los celos? —dice Queta—. ¿Cree que tú nunca andas con mujeres?

—Nunca me pregunta nada de eso —dijo Ambrosio, apartando el brazo de su cara—. Ni qué hago en mi día libre ni nada, sólo lo que yo le cuento. Pero yo sé lo que sentiría si supiera que ando con mujeres. No por celos ¿no se da cuenta? Por vergüenza, miedo de que vayan a saber. No me haría nada, no se enojaría. Diría anda vete, nada más. Yo sé cómo es. No es de los que insultan, no sabe tratar mal a la gente. Diría no importa, tienes razón pero anda vete. Sufriría y sólo haría eso ¿ve? Es un señor, no lo que usted cree.

—Bola de Oro me da más asco que Cayo Mierda —dijo Queta.

ESA noche, entrando al octavo mes, había sentido dolores en la espalda y Ambrosio, semidormido y de malagana, le había hecho unos masajes. Había despertado ardiendo y con una flojera tan grande que cuando Amalita Hortensia comenzó a quejarse, ella se había puesto a llorar, angustiada por la idea de tener que levantarse. Cuando se había sentado en la cama había visto unas manchas color chocolate en el colchón.

polvoriento, bamboleando sus cajas y maletones sujetos con sogas, la camioneta atravesó la calle Comercio alzando un terral y se estacionó frente a la oficinita de «Transportes Morales». Bajó el chofer, bajaron los pasajeros, descargaron el equipaje, y, pateando piedrecitas en la esquina, Ambrosio esperó que el chofer volviera a subir a «El Rayo de la Montaña» y arrancara: la llevaba al garaje de López, sí. Se fue donde doña Lupe y estuvo hasta el anochecer jugando con Amalita Hortensia, que se había desacostumbrado tanto a él que iba a cargarla y soltaba el llanto. Se presentó en el garaje antes de las ocho y sólo estaba la mujer de López: venía a llevarse la camioneta, señora, don Hilario la necesitaba. A ella ni se le ocurrió preguntarle ¿cuándo volviste a la Morales? Le señaló un rincón del descampado: ahí estaba. Y con gasolina y aceite y todo lo que hacía falta, sí.

—Yo había pensado desbarrancársela en alguna parte —dice Ambrosio—. Pero me di cuenta que era una estupidez y me fui con ella hasta Tingo. Conseguí un par de pasajeros por el camino y eso me alcanzó para gasolina.

Al entrar a Tingo María, a la mañana siguiente, dudó un momento y luego se dirigió al garaje de Itipaya: ¿cómo, volviste con don Hilario, negro?

—Me la he robado —dijo Ambrosio—. En pago de lo que él me robó a mí. Vengo a vendértela.

Itipaya se había quedado primero asombrado y luego se echó a reír: te volviste loco, hermano.

—Sí —dijo Ambrosio—. ¿Me la compras?

—¿Una camioneta robada? —se rio Itipaya—. Qué voy a hacer con ella. Todo el mundo conoce «El Rayo de la Montaña», don Hilario ya habrá sentado la denuncia.

—Bueno —dijo Ambrosio—. Entonces la voy a desbarrancar. Al menos, me vengaré.

Itipaya se rascó la cabeza: qué locuras. Habían discutido cerca de media hora. Si la iba a desbarrancar era preferible que sirviera para algo mejor, negro. Pero no le podía dar mucho: tenía que desarmarla to-

quita, venderla a poquitos, pintar la carrocería y mil cosas más. ¿Cuánto, Itipaya, de una vez? Y además el riesgo, negro. ¿Cuánto, de una vez?

—Cuatrocientos soles —dice Ambrosio—. Menos que lo que dan por una bicicleta usada. Lo justo para llegar a Lima, niño.

Fueron a almorzar al Restaurant Suizo de la Heradura. Los mozos y el maitre conocían al Chispas por su nombre, le hicieron algunas bromas y revoloteaban a su alrededor efusivos y diligentes, y el Chispas te había exigido probar ese coctel de fresa, la especialidad de la casa flaco, almibarado y explosivo. Se sentaron en una mesa que daba al malecón: veían el mar bravo, el cielo con nubes del invierno, y el Chispas te sugería el chupe a la limeña para comenzar y de segundo el picante de gallina o el arroz con pato.

—El postre lo escojo yo —dijo el Chispas, cuando el mozo se alejaba con el pedido—. Panqueques con manjar blanco. Cae regio después de hablar de negocios.

—¿Vamos a hablar de negocios? —dijo Santiago—. Supongo que no vas a proponerme que trabaje contigo. No me amargues el almuerzo.

—Ya sé que oyes la palabra negocios y te salen ronchas, bohemio —se rio el Chispas—. Pero esta vez no te puedes librar, aunque sea un ratito. Te he traído aquí a ver si con platos picantes y cerveza helada te tragas mejor la píldora.

Se volvió a reír, algo artificialmente ahora, y mientras reía había brotado ese fulgor de incomodidad en sus ojos, Zavalita, esos puntitos brillantes e inquietos: ah flaco bohemio, había dicho dos veces, ah flaco bohemio. Ya no alocado, descastado, acomplejado y comunista, piensa. Piensa: algo más cariñoso, más vago, algo que podía ser todo. Flaco, bohemio, Zavalita.

—Pásame la píldora de una vez, entonces —dijo Santiago—. Antes del chupe.

—A ti te importa todo un pito, bohemio —dijo el Chispas, dejando de reír, conservando un halo de sonrisa en la cara rasurada; pero en el fondo de sus ojos continuaba, aumentaba la desazón y aparecía la alarma, Zavalita—. Tantos meses que murió el viejo y ni se te ha ocurrido preguntar por los negocios que dejó.

—Tengo confianza en ti —dijo Santiago—. Sé que harás quedar bien el nombre comercial de la familia.

—Nunca te voy a entender, supersabio —y por primera vez ese día su voz era tan sincera, piensa, tan emocionada—. ¿Qué diablos quieres ser en la vida tú? ¿Por qué haces todo lo posible por fregarte solito?

—Porque soy un masoquista —le sonrió Santiago—. Chau, Chispas, saludos a la vieja y a Cary.

—Allá tú con tus locuras —dijo el Chispas, sonriéndole también—. Sólo quiero que sepas que si alguna vez necesitas...

—Ya sé, ya sé —dijo Santiago—. Ahora mándate mudar de una vez que yo voy a dormir una siesta. Chau, Chispas.

Si no se lo hubieras contado a Ana te habrías ahorrado muchas peleas, piensa. Cien, Zavalita, docientas. ¿Te había jodido la vanidad?, piensa. Piensa: mira qué orgulloso es tu marido amor, les rechazó todo amor, los mandó al carajo con sus acciones y sus casas amor. ¿Creías que te iba a admirar, Zavalita, querías que? Te lo iba a sacar en cara, piensa, te lo iba a reprochar cada vez que se acabara el sueldo antes de fin de mes, cada vez que hubiera que fiarse del chino o prestarse plata de la alemana. Pobre Anita, piensa. Piensa: pobre Zavalita.

—Ya se ha hecho tardísimo, niño —insiste una vez más Ambrosio.

—UN POQUITO más adelante, ya vamos a llegar —dijo Queta, y pensó: tantos obreros. ¿Era la salida de las fábricas? Sí, se había escogido la peor hora. Estaban sonando las sirenas y una tumultuosa marea humana cubría la avenida. El taxi avanzaba despacio, sorteando siluetas, muchas caras se pegaban a las ventanillas y la miraban. La silbaban, decían rica, mamacita, hacían muecas obscenas. Las fábricas sucedían a callejones, los callejones a fábricas, y por encima de las cabezas Queta veía las fachadas de piedra, los te-

llao, reemplazaba por horas a algún estibador contratado, y aunque la comisión era alta, quedaba para comer dos o tres días. Un día le habían pasado el dato: los odriístas necesitaban tipos para pegar carteles. Había ido al local, se había pasado una noche entera embadurnando las calles del centro, pero les habían pagado sólo con comida y trago. En esos meses de vagabundeo, hambrunas, caminatas y cachuelos que duraban un día o dos había conocido al Pancras. Al principio había estado durmiendo en la Parada, debajo de los camiones, en zanjones, sobre los costales de los depósitos, sintiéndose protegido, escondido entre tanto mendigo y vago que dormía ahí, pero una noche había oído que de cuando en cuando caían rondas de la policía a pedir papeles. Así había empezado a internarse en el mundo de las barriadas. Las había conocido todas, dormido una vez en una, otra en otra, hasta que en ésa de la Perla había encontrado al Pancras y ahí se quedó. El Pancras vivía solo y le hizo sitio en su casucha.

—La primera persona que se portó bien conmigo en un montón de tiempo —dice Ambrosio—. Sin conocerme ni tener por qué. Un corazón de oro el de ese sambo, le digo.

El Pancras trabajaba en la perrera hacía años y cuando se hicieron amigos lo había llevado un día donde el administrador: no, no había vacante. Pero un tiempo después lo mandó llamar. Sólo que le había pedido papeles: ¿Libreta electoral, militar, partida de nacimiento? Había tenido que inventarle una mentira: se me perdieron. Ah, entonces nones, sin papeles no hay trabajo. Bah, no seas tonto, le había dicho el Pancras, quién se va a estar acordando de ese camión, llévale tus papeles nomás. Él había tenido miedo, mejor no Pancras, y había seguido con esos trabajitos de a ocultas. Por esa época había vuelto a su pueblo, Chincha niño, la última vez. ¿Para qué? Pensando conseguirse otros papeles, bautizarse de nuevo con algún curita y con otro nombre, y también por curiosidad, por ver qué era ahora el pueblo. Se había arrepentido de haber

al cementerio, pensando la tumba de la negra estará junto a la del Perpetuo. Pero no estaba y no se había atrevido a preguntarle al guardián dónde la habían enterrado. Había vuelto al centro de la ciudad al atardecer, desilusionado, olvidado del nuevo bautizo y los papeles y con hambre. En el café-restaurant «Mi Patria» que ahora se llamaba «Victoria» y atendían dos mujeres en vez de don Rómulo, había comido un churasco encebollado, sentado cerca de la puerta, mirando todo el tiempo la calle, tratando de reconocer alguna cara: todas distintas. Se había acordado de algo que le dijo Trifulcio esa noche, la víspera de su partida a Lima, cuando caminaban a oscuras: estoy en Chincha y siento que no estoy, reconozco todo y no reconozco nada. Ahora entendía lo que había querido decirle. Había merodeado todavía por otros barrios: el colegio José Pardo, el hospital San José, el teatro Municipal, habían modernizado un poquito el mercado. Todo igualito pero más chiquito, todo igualito pero más chato, sólo la gente distinta: se había arrepentido de haber ido, niño, se había regresado esa noche jurando no volveré. Ya se sentía bastante jodido aquí, niño, allá ese día además de jodido se había sentido viejísimo. ¿Y cuando se acabara la rabia se acabaría tu trabajo en la perrera, Ambrosio? Sí, niño. ¿Y qué haría? Lo que había estado haciendo antes de que el administrador lo hiciera llamar con el Pancras y le dijera okey, échanos una mano por unos días aunque sea sin papeles. Trabajaría aquí, allá, a lo mejor dentro de un tiempo había otra epidemia de rabia y lo llamarían de nuevo, y después aquí, allá, y después, bueno, después ya se moriría ¿no, niño?

Ver en Cortázar - 2a ruelata... - el prince
fo sobre takes - M.V.L.L. es el anti...

p. 180 - las cosas se le imponen a Santiago.
p. 203 - los resuelta con viniente que Santi-
go, un ser tan varioso, mantenga en
la su actitud.

p. 213: ¿por qué corta las frases?

p. 269: Esta novela, combatida por "La Prensa"
los "monjes", es una novela llena de com-
presión hacia seres lujuriosos, nece-
sionarios, etcétera. El vicio y las de-
bilidades redimen a estos personajes
de exterior duro, pero ellos, también
dau arco, una repugnancia melán-
cólica.

Personaje parejamente antipático es la
madre de Zavalita.

p. 297 - final próspero y siniestro de
Cayo.

Desempeño de un personaje típico de esta re-
velar: p. 14.-

(Hacer relato púta - virgola - ; confesión -
muerte - A. Ur.)

p. 19: datos realistas - reales.

p. 33: revelación sobre el padre asesino.

Como es novela con anécdota, surge la posibi-
lidad de lo inverosímil. ¿Cómo no se en-
contra con su padre, etc.?

p. 103 - la decadencia de Hortensia.

p. 110 - las etapas de la caída.

p. 138 - Como se anticipa la muerte de un per-
sonaje. El novio.

p. 142 - Hay un sentido de juego, de riesgo, en todas
sus actitudes. Eso le da su densidad como per-
sonaje.

p. 151 - el consejo final.

p. 164 - actividad de Queta, pese a su mal
humor, es casi real, poco inverosímil.

El Lago Bermúdez de esta novela es menos
humano y quizás más parecido al mundo
real que el del resto del libro.

168 - Zuzulita parece tan mediocre, que
su destrucción frente al padre no se explica.

171 - "ya mas un cholo". Asociaciones latinas
mexicanas, mestizos.

172 - los cachorros.